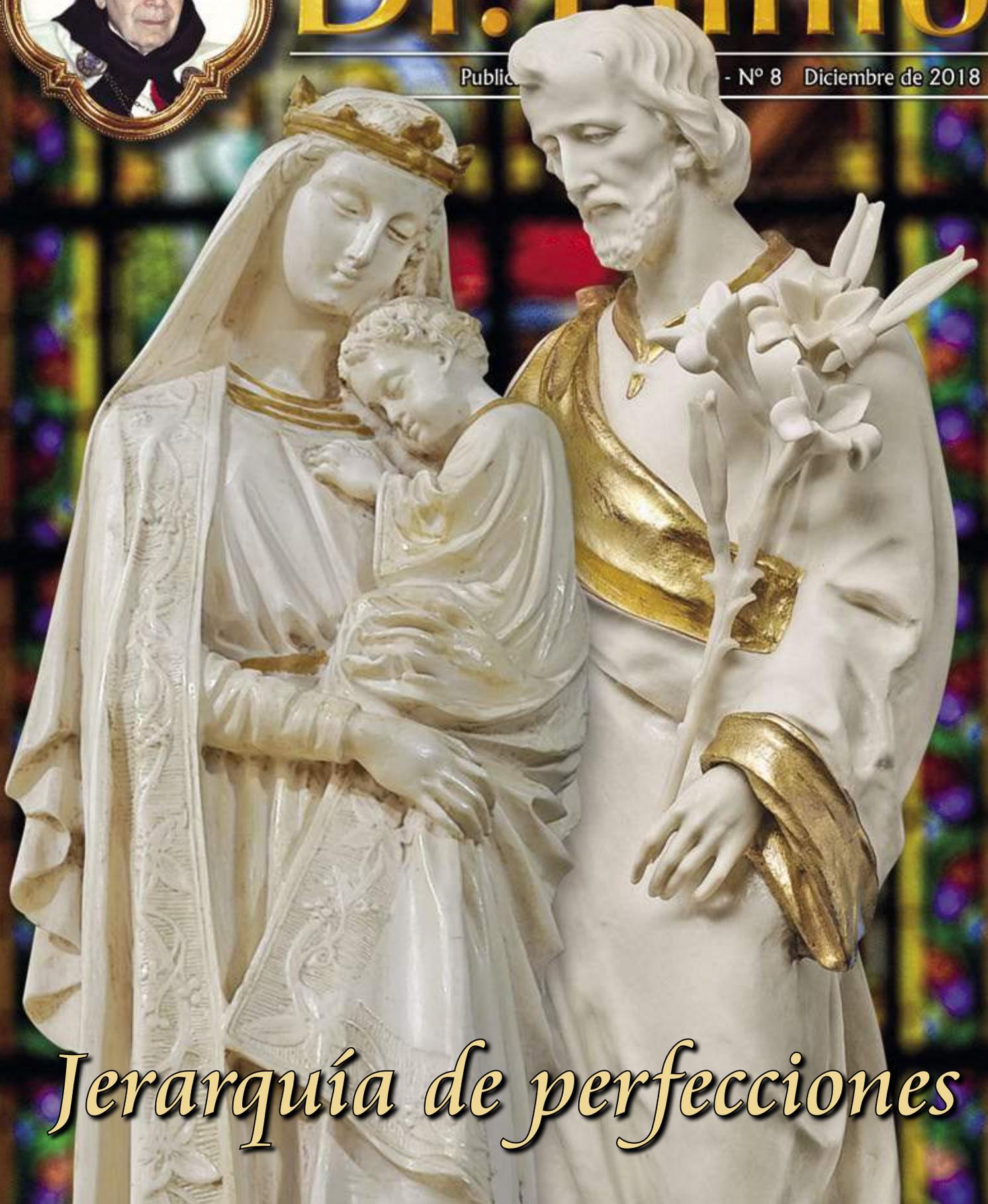




Dr. Plinio

Publicación - Nº 8 Diciembre de 2018



Jerarquía de perfecciones



Ordenación de San Juan de Mata.
Museo del Prado, Madrid, España

Finalidad noble y santa

San Juan de Mata fue suscitado por la Providencia para la obra de la redención de los cautivos católicos capturados por los mahometanos y rescatados por medio de un pago en dinero. Estos prisioneros —tratados como esclavos— quedaban sujetos a pavorosas tentaciones, lo que tenía como agravante el no tener sacerdotes para confesarse. Podemos imaginar el tormento de ciertas almas que, habiendo pecado y pudiendo morir de un momento a otro, se encontraban en riesgo de ir a parar al infierno, por no haber recibido la absolución sacramental.

Para sacar a esas almas de este tormento, San Juan de Mata y sus religiosos, se exponían al peligro de ser ellos mismos convertidos en esclavos de los moros.

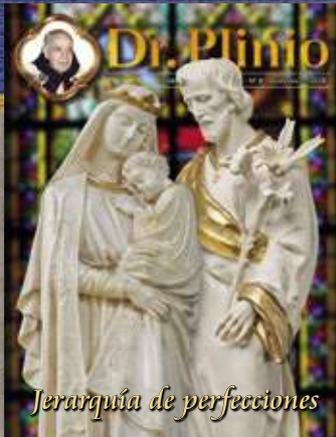
Para sacar a esas almas de este tormento, San Juan de Mata y sus religiosos, se exponían al peligro de ser ellos mismos convertidos en esclavos de los moros.

Es esta la finalidad noble y santa, la forma de heroísmo desarrollada por San Juan de Mata.

(Extraído de conferencia de 8/2/1977)

Sumario

Vol. I - No. 8 Diciembre de 2018



En la portada, la Sagrada Familia (acervo particular).

Foto: Timothy Ring

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Aspecto militante del privilegio de la Inmaculada Concepción*

PIEDAD PLINIANA

5 *Por vuestra bondad, ¡salvadme!*

DOÑA LUCILLA

6 *El “lumen” de la caridad de Doña Lucilia*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

10 *Nuestra Señora de la Contra-Revolución*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

14 *Auge desigual de perfecciones*

SANTORAL

20 *Santos de Diciembre*

DR. PLINIO COMENTA...

22 *Espíritu de reparación*

HAGIOGRAFÍA

25 *Venid: ¡La Santísima Virgen os espera!*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

32 *Ansiedad jubilosa de lo maravilloso*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Consuelo de los afligidos*



Aspecto militante del privilegio de la Inmaculada Concepción

Cuando Adán y Eva pecaron, antes que Dios los expulsase del Paraíso y promulgase las penas a las que quedarían sujetos, les reveló la misión de María Santísima que vendría al mundo para aplastar la cabeza de la serpiente.

Esta enemistad, creada por el propio Dios, entre los que son de la Virgen y los secuaces de satanás, permanece viva a lo largo de los siglos. Por eso, no es de admirar que el dogma de la Inmaculada Concepción haya causado un no pequeño alboroto cuando fue promulgado. Sobre este aspecto comenta el Dr. Plinio:

Cuando el dogma de la Inmaculada Concepción fue definido por Pío IX, hubo una verdadera tempestad de odios, protestas, indignación. ¿Cómo explicar ese furor?

Vean el contenido del dogma: María Santísima fue concebida sin pecado original desde el primer instante de su ser.

Ella, como Madre de Nuestro Señor Jesucristo, y más recientemente también como Madre de la Iglesia, es odiada por el odio igualitario que la ve encumbrada en el punto más alto en que una mera creatura pueda estar. Y más aun siendo una mujer, presentando así el arbitrio de Dios de un modo mucho más fuerte.

Esto hiere tremendamente el espíritu igualitario por la idea de que esta criatura haya sido el objeto de una tal excepción a una regla... en relación a la cual nunca hubo una excepción, ya que fue concebida sin pecado original desde el primer instante de su ser.

No es solo la aversión al aspecto anti-igualitario, más es un odio en relación a lo que es sublime. Nuestra Señora concebida sin pecado original, Madre de Dios, todo esto, considerado en su conjunto, es de una sublimidad de tal manera pura, inmaculada, elevada, virginal, que trasciende a todo en materia de sublimidad.

El espíritu revolucionario odia todo cuanto es sublime, todo cuanto es elevado, y eso no solo por ser igualitario, más por otra característica que también posee: el amor a lo banal, a lo trivial, cuando no es el amor a lo degradado... De ahí se deriva un verdadero odio contra la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora.

Al considerar la fiesta de la Inmaculada Concepción, debemos pedir a María Santísima que nos obtenga cada vez más esta bienaventuranza: ser de tal manera unidos a Ella, llegar a ser una expresión de Ella misma, para que se pueda decir que realmente es por causa de Ella que somos odiados; odiados en razón de lo que en nosotros se identifica con Ella. Debemos pedir esto con mucho ahínco¹.

1) Extracto de conferencia de 2/12/1964.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Por vuestra bondad, ¡salvadme!

¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce y siempre Virgen María! Vos fuisteis concebida sin pecado original, y nunca tuvisteis la menor falta ni dejasteis de progresar tanto como Dios quiso que progresaseis a lo largo de vuestra vida.

Sois la Virgen por respeto de cuya virginidad Dios realizó un milagro estupendo: quiso que fueseis la Madre de su Divino Hijo, pero por su omnipotencia, fuisteis preservada virgen antes, durante y después del parto: ¡de tal manera vuestra virginidad es insondablemente valiosa!

Madre de Dios, Vos sois la Hija del Padre Eterno y Esposa del Divino Espíritu Santo, quien engendró en Vos al Niño Jesús. Tenéis, pues, todo para ser atendida, y además sois llena de misericordia con los pecadores.

Pero, pecador soy yo. Vengo aquí, de rodillas, a pedir: ¡Perdonadme! No miréis hacia mis pecados, sino a vuestra bondad. Mirad la Sangre que vuestro Divino Hijo derramó para salvarme, y pensad en las lágrimas que Vos misma vertisteis por mi salvación.

Madre mía, no por mis méritos, sino por vuestra bondad: ¡salvadme!

(Compuesta el 29/11/1992)



Adoración de los Reyes Magos – Basílica de Santa María la Mayor, Roma, Italia



El 'lumen' de la caridad de Doña Lucilia

Siempre llena de desvelo por los que la rodeaban, Doña Lucilia constituía un ejemplo vivo de confianza en Dios: caridad al relacionarse, ánimo en los momentos difíciles y alegría incluso delante de pequeños beneficios.

Doña Lucilia era muy unida a su hermana más joven, aunque también se llevaba muy bien con su otra hermana que, sobre todo durante cierto período, iba mucho a nuestra casa, a pesar de que a veces discutían.

En defensa de los principios

Una vez yo estaba trabajando en mi escritorio y percibí que la criada llevaba una bandeja con la merienda a Doña Lucilia y a su hermana, en una sala donde mi madre acostumbraba a permanecer. Yo oía a lo lejos la conversación, aunque no prestaba atención porque estaba preparando una clase para la Facultad de Derecho.

En cierto momento percibí que las dos levantaron la voz. La conversación había tomado el tono de una

discusión. Eso era rarísimo en mi madre, irarísimo! Creo que fue un hecho único en su vida.

Paré de trabajar para ver un poco qué pasaba, porque conforme fuese yo intervendría. Yo no iba a perder tiempo para intervenir si fuese una pequeña discusión que se resolviese de cualquier manera.

Percibí que eran dos asuntos que volvían alternadamente a la discusión: la hermana de ella era medio nazi y a favor del divorcio; mi madre no era favorable al divorcio y antinazi y, por esa causa, se encendió la discusión. Las dos estaban tan alteradas que yo me levanté, fui donde ellas y pregunté:

– ¿Qué pasa? ¿Qué propósito tiene esto?

Lo dije en tono de broma. Las dos entendieron y el asunto se deshizo.

En esa ocasión vi que mi madre juzgó sus principios contundidos y negados, y yo no estaba cerca para reivindicarlos. Ahí ella entró en escena y fue categórica: discutió con argumentos. La cosa llegó al punto de una discusión, y de una discusión seria. No entraba amor propio, sino el sentido de defensa de los principios. Yo nunca la había visto tomar una actitud así, porque cuando yo estaba cerca me iba de espada o de lanza en ristre por encima de la persona, y ella me dejaba. Pero no estando cerca yo, la cosa fue así.

Yo les dije que no tratasen más del tema, pues sería mejor. ¿Qué propósito tenía que dos señoras mayores discutieran por causa de eso? Era mejor no discutir. Nunca más trataron de ese asunto entre sí y se acabó.

Desvelo hacia su hermana más joven

La otra hermana, trece años más joven que ella, había nacido con un defecto en la columna, y mi madre le hacía todos los curativos y ejercicios que los médicos de aquel tiempo querían que las personas hiciesen para corregirse de ese mal.

Mi madre fue quien tomó los mil cuidados recomendados: se levantaba temprano, mandaba a llamar a una masajista para hacer ejercicios de flexibilidad todos los días, después llevaba a su hermana al jardín, todavía con el frío de la mañana. Los médicos querían – no sé si con mucha razón– que ella cogiese el aire de la mañana, antes de calentarse. Mi madre era friolenta, pero iba al jardín y paseaba con la niña. Y todo eso con tanta dulzura que mi tía tenía una verdadera locura por ella y la conservó hasta el fin de su vida.

Aconteció sin embargo, que con la vida muy atareada y mi tía viviendo muy lejos, en fin, toda una serie de circunstancias, en un período de algunos años antes de que mi tía muriese, ella frecuentó mucho menos nuestra casa. En esa época la atacó el mal de Parkinson, un mal aflictivo. La persona comienza a temblar

y puede acabar en silla de ruedas, sin siquiera conseguir hablar.

En los últimos años mi tía casi no podía andar. Mi madre también comenzó a sufrir dolores en las plantas de los pies, que su médico atribuía a la vejez; en fin, por esa razón ella comenzó a usar silla de ruedas. Acostada en la cama no le dolía nada y al caminar le dolía.

Y mi tía iba a visitar a mi madre porque no tenía a donde ir. Ella había dejado todo: la presidencia de la Liga de Señoras Católicas y sus relaciones, porque personas así no son bien vistas ni procuradas. Comenzó, entonces, a procurar a mi madre.



Sala de trabajo del Dr. Plinio en su residencia, en la Rua Alagoas, São Paulo

Archivo Revista



De izquierda a derecha: Rosée, Ilka, Doña Lucilia, Plinio y Doña Zili

No necesito decir cómo la recibí mi madre. En primer lugar, no hizo ninguna queja por el tiempo en que ella no la había visitado. La recibí como si hubiese estado con ella en la víspera.

Una noche, cuando llegué a la cena, para alimentar la conversación – mi madre todavía no estaba usando la silla de ruedas– le pregunté:

– Mi bien, ¿cómo fue la tarde de hoy?

Ella dijo:

– Estuvo aquí tu tía.

– ¿Qué hicieron?

Ella dijo:

– Pasé la tarde ayudándola.

Yo dije:

– ¿Y cómo la ayudó?

Mi madre dijo:

– Ella se siente a veces agobiada por el malestar que la enfermedad causa. Ora ella quiere caminar y se cansa, entonces quiere parar; parando, queda un poco nerviosa y quiere caminar de nuevo.

Eso se reflejaba en el hecho de que ella no se estabilizaba en ninguna posición. Entonces ella le decía a mi madre – ella llamaba a mi madre *Qui*:

– *Qui*, ¿caminamos un poco por el corredor?

Las dos caminaban un poco por el corredor hasta que ella se cansaba. Mi madre nunca se cansaba antes de que la enferma se cansara. Y mi madre con dolor en los pies. Después pasa-

Archivo Revista



Comedor de la residencia del Dr. Plinio

ban a la sala de trabajo –quedaba más al alcance del corredor–, se sentaban en el sofá y comenzaban a conversar.

Mi madre contaba:

– De repente yo notaba que ella se afligía y le preguntaba: “Hija mía, ¿quiere caminar un poco?”

Ella decía:

– Me gustaría...

Mi madre continuaba:

– Volvimos a caminar de nuevo y así fuimos conversando durante toda la tarde, vino la merienda y la tomamos juntas. Le ayudé a tomar la merienda y después su marido la vino a recoger.

El lumen de la caridad de Doña Lucilia

Yo sentí lo pungente de la situación. Las dos estaban caminando hacia la muerte: mi tía murió incluso antes que mi madre. Ellas estaban caminando hacia la invalidez. Las dos, apoyándose en el corredor, en el vaivén de un corredor que no es largo, entraban en el cuarto de mi

madre y llegaban hasta el *hall*. Caminaban, caminaban y el apoyo mutuo que se prestaban en eso, el afecto que tenían me daba un aspecto más de la vida de familia vivido bajo el *lumen* de la caridad de mi madre.

Lo más curioso es lo siguiente: lo trágico, aunque muy acogedor dentro de la tragedia. Ellas estaban en casa, a gusto, juntas, a cada una le gustaba mucho la compañía de la otra y tomaban su tecito.

Así, la vida de mi madre estaba llena de pequeños episodios de ese tipo.

Eso, al pie de la letra, cristianiza. La persona se abre al Sagrado Corazón de Jesús, a Nuestra Señora, a toda la atmósfera de la piedad católica. Y queda con una especie de confianza en Dios, que nace de eso. Porque, es curioso, de ese modo de tratar a los otros, brota en el alma de quien trata así una actitud muy confiada con relación a Dios.

Eso quiere decir lo siguiente: si una persona penetra de tal forma en la situación psicológica de otro y ve

cómo tratar bien a ese otro, la persona, *a fortiori* si es probada por Dios, sabe entender bien cuál es el propósito por el cual el Sagrado Corazón de Jesús o el Inmaculado Corazón de María mandaron esa prueba. Y sabe recibir la prueba con cariño, sabiendo que está correspondiendo a las intenciones benévolas de ellos.

Aunque estemos sufriendo mucho, eso da una confianza en Dios de que nuestra oración será atendida. Dios es Padre, Él nos está haciendo el bien. Nosotros somos los que no entendemos lo que nos conviene. Eso es confianza.

Claro que una persona con el estado de espíritu de Doña Lucilia tiene mucha más propensión a confiar en Dios que una que trata a otros con desprecio y que, por lo tanto, es llevada a tratar al propio Dios también con desprecio, y cree que Él trata a las almas así. Entonces, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, al Inmaculado Corazón de María, la confianza en la misericordia de los santos y de los ángeles, etc., se instala mucho más fácilmente en un alma con ese *lumen*.

Otro aspecto de la confianza en Dios

Una tendencia que también hace parte de la confianza: alegrarse intensamente con las cosas buenas que Dios manda, aunque sean a veces cosas modestas.

Así también sucedía con uno u otro beneficio que alguien le hacía a Doña Lucilia.

Me acuerdo de un sobrino suyo que, en sus primeros tiempos de casado, iba muy frecuentemente a la hacienda. Yendo una vez, le indicaron una panadería en Campinas, que hacía roscas y otras cosas muy buenas, muy convenientes para la nutrición de ella.

El sobrino le compró un paquete grande de roscas y se las llevó, preguntando si ella quería. Ella las probó, le parecieron deliciosas y eran

del tipo dietético que le convenía enteramente. El sobrino, entonces, fue muy amable e hizo una especie de trato con el dueño de la panadería, de tal forma que cuando pasaba por allá, pitaba y el hombre ya le traía el paquete. Llegaba a São Paulo y se lo llevaba a la casa o mandaba a una persona a entregárselo a mi madre.

Ella recibía regularmente esas rosas. Creo que hasta morir eso fue así. A ella le gustaba contar ese hecho. Elogiaba las rosas, se las ofrecía a quien la estaba visitando y preguntaba si le hacían bien a la salud.

Si la merienda de ella era en ese momento, le preparaba una merienda no dietética a la persona y le insistía al visitante que comiese la rosa, para ver cómo le iba a hacer bien. Después decía:

– Mi sobrino es muy buena persona, él hace...

Toda una cantilena en la cual ella asentaba ese hecho –realmente un gesto extremadamente simpático y afectuoso del sobrino–, tratado por



Hasta sus últimos días, Doña Lucilia mantuvo la costumbre de tomar té todas las tardes en el comedor



Hall de entrada de la residencia del Dr. Plinio

ella como si fuese algo magnífico, extraordinario.

Ella tenía más gusto de ver el cariño y el gesto amable del sobrino de lo que tenía en saborear las rosas. En fin, de hecho, resolvía un pequeño problema de su vida.

Lo que movía a mi madre a actuar de ese modo era la convicción de que la criatura humana debe ser así. Una prueba y un estímulo supremo es el ejemplo del Sagrado Corazón de Jesús. Ahora bien, como yo lo adoro a Él y sólo me gustan con toda el alma las personas cuando son así, yo también seré de esa forma con los otros.

Teniendo una convivencia asidua con una persona como Doña Lucilia es muy fácil banalizar eso, si no se tiene un verdadero amor a la virtud o a las cualidades que la persona tiene. Todas las decadencias comienzan por esa banalización. ❖

(Extraído de una conferencia del 9/8/1986)



DE MARIA NUNQUAM SATIS

Nuestra Señora de la Contra-Revolución

La Revolución fomenta todo tipo de pecado y, en el fondo, es dirigida por el espíritu de las tinieblas. María Santísima, habiendo sido creada sin pecado original, aplastó la cabeza de la serpiente, o sea, del demonio. La Inmaculada Concepción, bajo diversos puntos de vista, es la solemnidad de Nuestra Señora de la Contra-Revolución.

En la Bula *Ineffabilis Deus* de Pío IX, en que definió el dogma de la Inmaculada Concepción, se encuentra el siguiente trecho:

Belleza de la afirmación magisterial de la Iglesia

Por lo cual, después de ofrecer sin interrupción a Dios Padre, por medio de su Hijo, con humildad y penitencia, nuestras privadas oraciones y las públicas de la Iglesia, para que se dignase dirigir y afianzar nuestra mente con la virtud del Espíritu Santo, implorando el auxilio de toda corte celestial, e invocando con gemidos el Espíritu paráclito, e inspirándonoslo él mismo, para honra de la santa e individua Trinidad, para gloria y prez de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la cristiana religión, con la

María Inmaculada – Iglesia de San José, Granada, España

autoridad de nuestro Señor Jesucristo, con la de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y con la nuestra:

Vean la pulcritud de eso que vamos a comentar de aquí a poco, la fórmula es linda.

Declaramos, afirmamos y definimos que ha sido revelada por Dios, y de consiguiente, qué debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano.

[...]

A nadie, pues, le sea permitido quebrantar esta, página de nuestra declaración, manifestación, y definición, y oponerse a ella y hacer la guerra con osadía temeraria. Mas si alguien presumiese intentar hacerlo, sepa que incurrirá en la indignación de Dios y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Noten la verdadera belleza de la afirmación magisterial de la Iglesia que, punto por punto, está considerada aquí. Aún es el periodo de los grandes documentos pontificios y de los grandes estilos de cancillería.

Analicemos ese texto.

Ayuno y oración para preparar el alma

Por lo cual, después de ofrecer sin interrupción a Dios Padre, por medio de su Hijo, con humildad y penitencia, nuestras privadas oraciones y las públicas de la Iglesia, para que

se dignase dirigir y afianzar nuestra mente con la virtud del Espíritu Santo,

Realmente el Papa es infalible, pero es obligado, bajo pena de pecado mortal, a estudiar profundamente el asunto antes de definir un dogma.

Es decir, aunque el Papa no estudiase, habiendo definido un dogma está definido y no se equivocaría. Pero él debe estudiar, de lo contrario comete pecado mortal.

Él necesita rogar a Dios que ese estudio sea bien hecho y cuente con las luces del Espíritu Santo. Y no sólo debe pedir, sino también buscar obtener eso por medio del ayuno, de la penitencia. Entonces, por ese motivo el Papa explica cómo preparó su alma para la definición del dogma: ayunó y rezó continuamente para obtener luces.

¿Cómo pidió esas luces? El Papa rezó e hizo rezar a la Iglesia entera al

Padre Eterno, por medio de su Hijo, Jesucristo, porque el Mediador necesario que tenemos entre el Padre Eterno y nosotros es Nuestro Señor Jesucristo.

Aquí vemos mencionada la Santísima Trinidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo interviniendo para orientar al Papa en el acierto de esa definición.

implorando el auxilio de toda corte celestial...

Le pidió a todos los Ángeles y Santos del Cielo y, sobretodo, a Aquella que es la *Regina Sanctorum Omnium y Regina Angelorum*¹.

...e invocando con gemidos el Espíritu Paráclito, e inspirándonoslo él mismo, para honra de la santa e individa Trinidad...

Es decir, inspirado por el Espíritu Santo para dar honra a Dios.

...para gloria y prez de la Virgen Madre de Dios...

Decoro quiere decir esplendor, una belleza refulgente de dignidad de la Virgen Madre de Dios.

...para exaltación de la Fe católica...

Exaltare quiere decir volver alta; para que la Fe católica brille a los ojos del mundo entero y se levante a los ojos de los hombres como un valor de primera grandeza.

...y aumento de la cristiana religión...

Para aumentar el número de los católicos.

Como los toques de una gran campana de bronce

Vean la solemnidad de esta afirmación:

...con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, con la de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y con la



Beato Pío IX – Basilica de Santa María la Mayor, Roma, Italia



Dios expulsa a Adán y Eva del Paraíso – Catedral de Estrasburgo, Francia

nuestra: declaramos, afirmamos y definimos...

Es decir, es un apelo a la autoridad de Dios, hecho de modo magnífico. La autoridad de Cristo, de San Pedro, primer Papa, de San Pablo, que ayudó a San Pedro en la evangelización del Imperio Romano, y la autoridad personal de él, que es el Pedro redivivo y el Cristo redivivo.

Con esa autoridad, ¿Qué hace? Declara, pronuncia y define. Eso suena como los toques de una gran campana de bronce: “declaramos, afirmamos y definimos”. ¿Definimos qué?

...la doctrina que sostiene que la santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano...

Por una gracia singular Nuestra Señora no tuvo mancha de pecado original, en vista de los méritos de Cristo a partir del primer instante de su ser.

...que ha sido revelada por Dios, y de consiguiente, qué debe ser creída

firme y constantemente por todos los fieles...

Ella está fundamentada en la Biblia, en la Revelación, en la Tradición, por lo tanto debe ser creída.

Ahora viene el anatema. Después de la definición del dogma, el castigo para quien se levante contra él.

A nadie, pues, le sea permitido quebrantar esta, página de nuestra declaración, manifestación, y definición, y oponerse a ella y hacer la guerra con osadía temeraria...

Es decir, después de haber alzado el estandarte, él lo protege con sus maldiciones y con la energía de los medios de combate espirituales.

Mas si alguien presumiese intentar hacerlo, sepa que incurrirá en la indignación de Dios y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

O sea, es una verdadera maldición. Noten la majestad y la dignidad que eso tiene. Pues bien, es una majestad y una dignidad invisible, pero es una cosa verdaderamente estupenda, cuando se considera la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora.

Alegría, gloria y resplandor en todo el universo

Tomen en consideración que María Santísima fue preservada después de milenios en que sólo nacían hombres concebidos en el pecado original; pues hubo un hecho cuya consecuencia natural y normal era que todos los hombres naciesen con el pecado original. Y ese hecho era el pecado de Adán. Por lo tanto, todos los hombres cargan con la imperfección del pecado original.

Esa especie de disociación entre la inteligencia y la voluntad, de un lado, y los sentidos, de otro lado, por la cual a todo momento, los sentidos están en rebeldía contra la inteligencia y la voluntad, éstas capitulan y los hombres entonces quedan expuestos a caer en pecado, y de hecho pecan incontables veces.

Eso se vino repitiendo durante milenios, pero en determinado momento cesa la ley de la maldición; y los Ángeles asisten atónitos a un he-

cho completamente sin precedentes, y que después no hubo otro igual.

Dios rompe la ley de la maldición, expulsa la maldición y, por primera vez, crea una criatura enteramente concebida sin pecado original.

Esa criatura – que es Nuestra Señora – está completamente fuera de esa ley y resplandece, con todo el brillo, con todo el fuego de una criatura perfecta, que era como Adán y Eva fueron creados, sin ninguna especie de mancha de pecado original.

Hay en todo el universo una especie de alegría, de gloria y de resplandor especial, y que se vuelve aún más acentuado por el hecho de que la Santísima Virgen es creada sin pecado original, es la obra-prima de la Creación.

Más alta que Ella, sólo la humanidad santísima de Nuestro Señor Jesucristo. Pero Nuestro Señor Jesucristo ya no era mera criatura. En su humanidad es una criatura, pero en su Persona, que es una sola, Él no es una mera criatura.

Entonces, se comprende la convergencia de los dos hechos.

Aquella que aplastó bajo sus pies la cabeza del dragón

La Biblia nos cuenta que, después de haber hecho la obra de la Creación, Dios descansó encantado con lo que había realizado. Pero descansó con el proyecto de crear una criatura superior, más maravillosa que todo eso: una mujer que fuese Madre del Verbo de Dios Encarnado. Entonces, esa obra-prima de la Creación se hace en ese momento. Y los Ángeles, que comprenden toda la armonía de todo lo que Dios hizo, el reflejo de Él en esa armonía, contemplan por primera vez, extasiados, el alma de su Reina.

Para que tengan idea de lo que es eso, imaginen una soberana que entra por primera vez en la capital de su reino, en un carruaje de gala, precedida por lanceros, trompeteros,

seguida de toda la corte, y la ciudad entera considera extasiada la belleza de la reina.

Eso es nada en comparación con la entrada de Nuestra Señora en la corte angélica. En el primer momento en que María Santísima existió, Ella tuvo conocimiento entero y lúcido de todo, y conoció a Dios. Y en el instante en que conoció al Crea-



dor, Ella hizo un acto de amor, que fue el más perfecto que se haya dado a Dios hasta entonces; de tal manera que nunca ningún Ángel hizo al Creador un acto de amor como Ella.

Ella adoró a Dios, le dio acción de gracias y le ofreció una reparación por los pecados de los hombres. Y ese cántico de Nuestra Señora, un cántico nuevo, la más alta oración que jamás el Cielo podría hacer, fue para los Ángeles la entrada de su Reina. Comprendemos, entonces, lo que fue para los Ángeles la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Nosotros podemos unir nuestras voces a las de los Ángeles en el día de la Inmaculada Concepción. Según las revelaciones de Santa Gertrudis, Santa Matilde, Santa Brígida, cuando la Iglesia festeja un misterio en la Tierra, en el Cielo los Ángeles acompañan. Por lo tanto, en el día de la Inmaculada Concepción todos los Ángeles van a glorificar a Nuestra Señora.

Nosotros también podemos dar esa gloria a María Santísima, especialmente dentro de nuestro espíritu. ¿Por qué dentro de nuestro espíritu? La Inmaculada Concepción es Aquella que aplastó bajo sus pies la cabeza del dragón. Apareciendo, Nuestra Señora venció el dragón porque estaba concebida sin pecado original y, entonces, se preparaba para dar a luz al Mesías.

Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción es, bajo varios puntos de vista, Nuestra Señora de la Contra-Revolución, haciendo que el demonio quede aplastado, arrasado. Es en ese sentido que nosotros debemos celebrar más especialmente esta fiesta. ❖

(Extraído de conferencia de 7/12/1966)

Inmaculada Concepción
Catedral del Buen Pastor de
San Sebastián, España

1) Del latín: Reina de todos los Santos, y Reina de los Ángeles.



Sagrada Familia - Parroquia de San José, Sevilla, España

Auge desigual de perfecciones

Las almas que tienen un verdadero sentido de jerarquía, aman a los que les son superiores y se encantan al admirar lo que es inferior. Así fue en la humilde casa de Nazaret. Dr. Plinio medita en el relacionamiento de la Sagrada Familia, basado en la contemplación mutua de las perfecciones desiguales, armónicas y prominentes de cada uno de sus miembros.

Narra el Evangelio que el Niño Jesús crecía en gracia y en santidad ante Dios y ante los hombres (*Luc 2, 52*). Si es verdad que Él crecía, cualquiera que fuese la naturaleza de este crecimiento, es algo de una perfección perfectísima.

Ascensión continua de gracia y santidad

Nuestra Señora, al lado del Niño Jesús, concebida sin pecado original y confirmada en gracia desde el primer instante de su ser, por tanto, también Ella sin defectos — y lo im-

portante de la consideración está en esto —, crecía paso a paso, constantemente.

Al lado de ellos estaba San José. Es difícil elogiar a un hombre con alguna grandeza terrena, después de meditar en la grandeza de San José, el hombre casto, virginal por excelen-

cia, descendiente de David. Nos dice San Pedro Julián Eymard en una de sus conferencias —el no cita el documento, pero afirma— que era el jefe de la Casa de David y el pretendiente legítimo al trono, usurpado, derrumbado, de un Israel dominado por falsos reyezuelos de los reinos en que se había dividido, y dominado por los romanos. Pero el pretendiente legítimo era él, varón tan perfecto que el Espíritu Santo modeló para tener proporción con Nuestra Señora.

¿Podemos imaginar lo que esto representa? Nuestra Señora, una mera criatura, pero que en el orden de lo creado llegó a una tal altura, que lo único que no se puede decir de Ella, es que es Dios.

¿Cómo es el hombre formado por el Espíritu Santo para estar proporcionado a tal Esposa? ¿A qué altura, a qué pináculo este hombre debe haber llegado? Las palabras humanas no lo pueden expresar.

Es verdad que él también —yo personalmente no tengo ninguna duda— era confirmado en gracia. Entonces, en la humilde casa de Nazaret, que después los Ángeles llevaron a Loreto, en Italia, había una ascensión en gracia y santidad de las tres



Sagrada Familia - Museo del Prado, Madrid, España

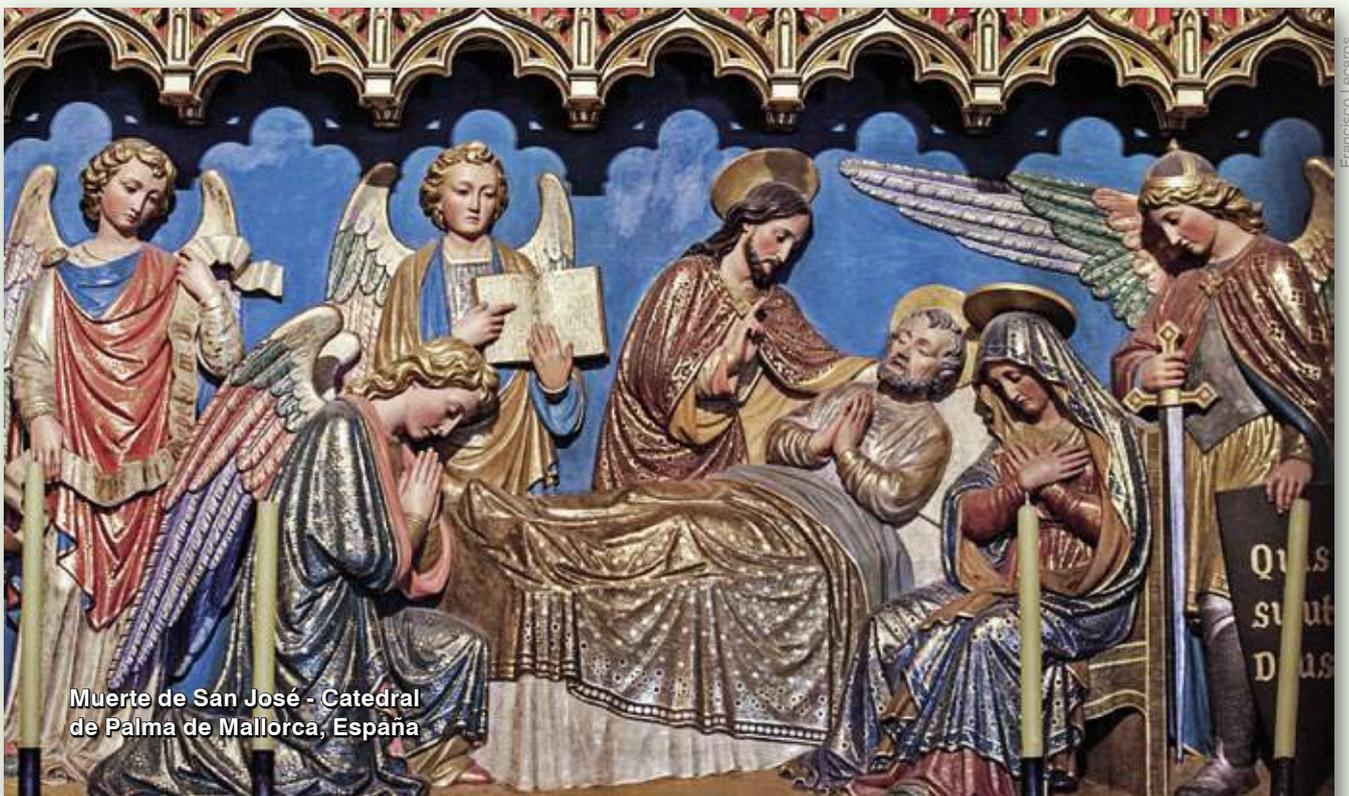
Sergio Holzmair

personas excelsas que vivían allí. Si en aquel tiempo hubiese reloj capaz de hacer tictac, diríamos que a cada tictac aquellas tres personas crecían en gracia y santidad delante de Dios y delante de los hombres.

Perfecciones que llegaron al auge

En cierto momento la Providencia se llevó a San José. Él es patrono de la buena muerte, porque todo nos

lleva a pensar que Nuestra Señora y Nuestro Señor asistieron a su muerte y lo ayudaron a morir. No podemos imaginar una muerte mejor que la de él, admirable, perfecta. A su lado estaban Nuestra Señora y Nuestro Señor, ayudándolo a llevar, hasta el último momento, su alma a aquella perfección altísima para la que fue creado. No era la perfección de Nuestra Señora, era una perfección menor. Si él alcanzara el extremo de su perfección, llegaría a una altura menor que



Muerte de San José - Catedral de Palma de Mallorca, España

Francisco Lecaros



la de Nuestra Señora, pero era la enorme perfección para la cual fue llamado.

Nuestra Señora subía a cada instante a una perfección mayor. No sabemos qué decir, sólo los Ángeles, que podrán cantar en el Cielo para que comprendamos cuál es esta perfección. Por encima de todo, de modo superelementalmente, Nuestro Señor.

Cuando la mirada empañada de San José ya se iba apagando a esta vida, volviéndose a su Esposa y a Aquel que jurídicamente era su Hijo —porque él tenía derecho paterno sobre el fruto de las entrañas de María— contemplaba, hasta en los últimos instantes, lo que fue el encanto de toda su vida: ver aquellos dos subir, subir, subir en perfección. Y viéndolos subir, a la vez subía también él.

Esa ascensión continua fue, a mi modo de ver, el encanto de Dios y de los hombres en la humilde casa de Nazaret.

Esta reflexión me encanta, de tal manera que yo, que siempre tuve el deseo de ir hasta la casa de Loreto, pero que por varias razones no tuve tiempo ni medios de ir, hice el propósito de ir a la casa de Loreto, arrojarme —a pesar de las dificultades— y besar el piso de aquella casa, pensando en Jesús, en María y en José. Pero pensando en Ellos especialmente por aquel ángulo: tres perfecciones que llegaron todas a un auge al cual cada una debía llegar.

Auges desiguales

Entretanto, esos auges no eran iguales. Eran desiguales, pero se amaban y se comprendían entre sí in-



Sagrada Familia en sus quehaceres domésticos
Santuario de Caraça, Minas Gerais, Brasil

tensamente. En ellos la jerarquía que Dios quiso colocar, era en orden admirablemente inverso: aquel que era el jefe de la casa, en el plano humano, era el menor en el orden sobrenatural; el Niño, que debería obedecer a los dos, era Dios. O sea, había una especie de inversión, lo que hace amar todavía más las riquezas y las complejidades de todo ese orden verdaderamente jerárquico.

Eran perfecciones altísimas, admirables, pero desiguales, formando una armonía de desigualdades admirable, como no ha habido en la Tierra jamás cosa igual; y dando lugar al alma fiel que quiera hacer una reflexión sobre el asunto, para que pueda iniciar un himno de grandeza, de admiración y de fidelidad a todas las jerarquías y todas las desigualdades.

Extremos de la jerarquía

Dios quiso así estas jerarquías. León XIII muestra especialmente cómo Dios quiso otro misterio en esas complejidades tan nobles del orden jerárquico: Él quiso que San José fuera el representante de la Casa más augusta que ha habido en la Tierra. Porque en las otras Casas nacieron reyes; ¿qué decir de la Casa donde ha nacido un Dios? Los únicos cortesanos a la altura son los Ángeles del Cielo, evidentemente.

Dios quiso que este jefe de la Casa de David, fuera al mismo tiempo trabajador manual, carpintero. Cuando esta circunstancia se recuerda en el Evangelio —“*¿Nonne hic est fabri filius?*”, “¿No es este el hijo del carpintero?” (Mat 13, 55) —, como quien dice: “Un hombre que no vale nada, que no es nada,

que no representa nada”.

Nuestro Señor quiso justamente que los dos extremos de la jerarquía temporal se unieran en Aquel que es el Hombre-Dios. Él tenía la categoría de príncipe heredero de la Casa de Israel. Tal vez esto nos ayude a comprender la insistencia de los Apóstoles de cuándo vendría su Reino, porque Nuestro Señor tenía derecho a ser rey. Ellos, por cierto, lo deseaban con avidez, para tener cargos importantes.

Así, la coincidencia de esta perfección con la del obrero, en el extremo opuesto de la clase social, en ambos aspectos —Creador-criatura; y en aspecto incomparablemente menor, Rey-obrero— se reúnen los extremos para reforzar la cohesión de los elementos intermediarios de la jerarquía.

Es como quien aprieta, vamos a decir un poco prosaicamente, un acordeón por ambos lados, comprime aquella parte intermediaria y hace con que los extremos queden enteramente juntos. La jerarquía aparece aquí, ya no sólo como un conjunto de picos tan altos, que a nuestra vista física y mental le cuesta alcanzar todo lo que representan, sino además un complejo jerárquico, desigual pero afectuoso, de todo el orden social. De tal manera que lo que está más alto abraza afectuosamente lo que está más bajo y le dice: “En la naturaleza humana todos somos uno.”

Nuestra Señora solitaria en Nazaret

Muere San José. Después llega el duro momento de la despedida de Nuestro Señor. Él va a comenzar su vida pública, habiendo vivido treinta años con Ella.

Podemos imaginar su ardentísimo afecto materno hacia Él, su adoración a Él; así también la primera noche de vacío en la casa de Nazaret después que Nuestro Señor se fue... Ya que Nuestra Señora sabía, por la profecía de Simeón, que una espada debía atravesar su Corazón. Ella entendió claramente que era algo con su Hijo Divino y, por tanto, le resultó mucho más doloroso que saber que fuera algo contra Ella.

Nuestra Señora percibió que Jesús partía rumbo a lo que podríamos llamar la “tragedia” si no fuera lo grandioso de la glorificación final. Ella quedó sola, San José en el Limbo, Nuestro Señor entregado a las fieras, comenzando una vida que había de terminar como sabemos. En la humilde casa de Nazaret una ventana abierta, por la ventana entra la luz de la luna, y Ella sentada, sola, en la oscuridad, tal vez ni siquiera una vela

encendida, rezando insistentemente y recordando el pasado.

Para Ella, ¿qué gracia había que no fuera recordar el pasado y pensar en el futuro, que era la crucifixión del Niño Jesús? En los pesebres aparece con frecuencia el Niño Jesús con los brazos abiertos, para simbolizar la cruz donde iría a ser clavado. Ella debería tener una noción exacta o casi exacta de eso, y pensaba en todo eso. El conocer cierto rumor en la aldea de Nazaret, qué fue lo que pasó, cuál es el próximo funcionario romano que gobernará la provincia, la política del lugar; tal vez por condescendencia, por bondad para poder atraer algún alma, Ella oyese con un poco de atención, pero ese no era tema para Ella, absolutamente.

¿Cuál era el tema que le atraía? Era aquel ascenso continuo que Ella

vio y que contempló. ¿Cómo consideraba cada uno de ellos su propio progreso? Porque ellos sabían que se estaban santificando. Nuestro Señor ni se habla, San José también sabía que se estaba santificando, que estaba subiendo. E, inevitablemente, San José pensaba en todo lo bueno que había en él desde el comienzo, después cómo todo fue progresando; en qué estado él estaba y hasta qué punto iría a subir. Así que probablemente el presintió la muerte cuando notó que no cabía más perfección en él.

Vamos reflexionar un poco sobre San José, pensando en su perfección anterior; cuando él, Nuestra Señora y el Niño Jesús entraron en aquella casita y se instalaron allá; en los primeros momentos de su vida allí.

Meditaciones de Nuestra Señora

Imaginemos Nuestra Señora, ya muerto San José, ausente Nuestro Señor, reflexionando sobre todo esto. Recordando los grados de perfección menor que habían quedado atrás, y cuán atrás; pero que Ella tanto amaba y que los contemplaba con una sonrisa. Aquellas perfecciones con que el Niño Jesús había crecido, y que Ella consideraba, por así decir —la palabra es incorrecta— “pequeñitas”. Yo digo “pequeñitas” sólo porque Él era pequeño, pero que en realidad eran perfecciones brillantísimas.

Nuestra Señora tal vez sonriese complacida recordando tal episodio o tal circunstancia. Después la reacción de San José y cómo él creció también. Recorriendo varias veces, en su espíritu y en su Co-



Nuestra Señora Dolorosa
Iglesia de San Jorge,
Vigoleno, Italia



razón, esa gama de perfecciones que Ella había visto encumbrar; pensando también —es inevitable— en las varias cualidades que Ella misma había alcanzado, rumbo a una perfección mayor.

¿Cuál era su actitud frente al horizonte de perfecciones que Ella debía adquirir hasta el momento de su muerte? De su dormición, dice la linda expresión —lenguaje de los fieles y la Liturgia—, porque Ella tuvo una muerte tan leve que fue como un sueño, y resucitó inmediatamente.

Hasta ese momento Ella no dejó de progresar y tenía una idea clara hasta donde iría. Estaba, vamos a decir, a tres cuartas partes de su ascenso, tenía aún alguna cosa para alcanzar, pero detrás de Ella la ascensión había sido vertiginosa. El amor que Ella tenía a lo que había quedado atrás era un amor menor al amor que la empujaba hacia lo más alto; porque en lo más alto estaba Dios, y evidentemente el sentido teocéntrico de toda alma que busca la perfección es un sentido fuertísimo, porque el centro es Dios y es hacia ese centro que todos debemos caminar.

Alegría y satisfacción

El sentimiento interior de las tres personas de la Sagrada Familia es de gran altura, pero, entre tanto, se siente por debajo de otra Altura, que ama la altura en que está, porque siente en sí la perfección de lo que tiene y de lo que es, que ama en sí lo que fue puesto por

Dios. Nuestra Señora tenía que amar lo que Dios puso en Ella.

El cántico del *Magnificat* lo expresa bien: “*Magnificat anima mea Dominum. Et exsultavit spiritus meus in Deo salvatore meo*” (Luc 1, 46-47). Vemos que Ella tenía la alegría de sentir el Espíritu Santo y la gracia presentes en Ella. El *Magnificat* formula eso: aquella alegría de sentir lo que Ella es, y cómo lo que es tiene relación con Dios. Una alegría de recordar con afecto lo que Ella fue, o sea, aquello que es menos de lo que era en aquel instante, pero que es en punto menor tan parecido, tan armónico, tan afín con Ella —iera Ella!— en estado menor. Recordando y sonriendo con satisfacción, con alegría.

Esto indica una forma de encanto, de deleite espiritual, de amor de Dios, por el cual Ella amaba a Dios en cada uno de los grados sucesivos hasta donde la había hecho subir. Amaba a Dios con el tipo de amor propio a ese grado. Ella amaba a Dios y amaba el amor que Dios había puesto en Ella.

Ese amor, amando el amor, formaba una armonía interior que se podría comparar a un tejido de seda de buena calidad, haciendo frufú cuando una parte frota la otra.

Era lo excelente amando la excelencia en sus diferentes grados, en la materia más alta que es la espiritual, junto a la cual todas las que quedan abajo son apenas figuras, no son nada. He aquí la gran superioridad, es el amor de la santidad menor, por la santidad mayor; es el amor de la excelencia menor, por la excelencia mayor. Hay en esto una armonía, un deleite, una alegría, una forma de respeto, que es el encanto de admirar, de venerar, de servir aquello que ella va a ser. El propio dinamismo del progreso espiritual envuelve esto y camina para esto.

Hay en esto un desprendimiento completo.

Jerarquía del puro amor

Escogí el ejemplo de San José, de Nuestra Señora y de Nuestro Señor Jesús Cristo para comprender esta jerarquía en lo que tiene de más puro, de más perfecto, de más límpido. En donde no entra egoísmo, no entra nada, porque entra ese puro amor de Dios,

Sergio Holmann



Visitación de María a Santa Isabel
Museo del Prado, Madrid, España

generando este amor a las varias jerarquías. Sin la preocupación de jactancia, de ser y de hacer mucha cosa, de poder mucha cosa. Nada de eso. Es el puro amor, por el amor al Amor, amor a Dios.

En esta Tierra las almas que tienen un verdadero sentido de la jerarquía, aman así a los que son superiores.

La palabra majestad tiene para las almas rectas un sentido, tiene un misterio, un *lumen* especial, que vuelve de tal manera respetables y venerables a los reyes y emperadores, a veces hasta cuando están en un tal estado, que no merecen por sus cualidades personales el homenaje que reciben por ser nobles. Pero si ellos son quienes son, ellos tienen aquello, ellos fueron llamados a algo más alto, y en relación a esto ellos correspondieran en algo; entonces, ese algo por pequeño que sea, es como el perfume de una flor incomparable de la cual se saca una gota, que vale más que un tonel de cualquier perfume del mundo. Es una cosa especial.

La sensación que se tiene delante de una persona majestuosa es una sensación así. Ejemplo: la Reina de Inglaterra, el Zar de Rusia. Él, un cismático; ella, una anglicana. Entretanto, ¿quién de nosotros se atrevería darles una bofetada? ¿Quién no tendría la sensación de cometer un sacrilegio? A pesar del horror que tengo al cisma y a la herejía, y del amor exclusivista que tengo al Papado, la verdad es esta: en ellos hay un aroma de una gota espiritual, no sé de qué género, que produce sobre el hombre recto un efecto como el de la santidad mayor produce en la santidad menor, con alguna analogía con lo que sucedía en la Sagrada Familia, entre las tres personas indeciblemente excelsas —una divina— que la componían.

Hay una analogía que se extiende después a la aristocracia, como



Cuerpo incorrupto de la beata Ana María Taigi
Basílica de San Crisógono, Italia

teniendo también ese perfume más difuso y menos acentuado, pero que hace recordar el perfume de la majestad. La aristocracia es un halo más diluido de la majestad real, que se conforma en su ámbito; como entorno de una gota de perfume muy intensa, el aroma que se respira a distancia es más tenue, pero es una irradiación de lo que hay en la gota. Así es la aristocracia.

Dignidad de lo que es modesto

Así sucede con las otras clases sociales, pero con la siguiente particularidad: que la majestad y aquello que se irradia de la majestad, muere en los límites de la aristocracia. Cuando los límites de la aristocracia acaban, comienza el límite de otra cosa muy elevada: la dignidad. La dignidad que puede ser tan digna, que frente a ella no hay nada que decir.

Ayer por la noche besé una reliquia de la Beata Ana Maria Taigi. Ella era una cocinera del S. XIX, de la Casa de los Príncipes de Colonna, en Roma. Ella tenía un aire tan majestuoso y tan digno, puesto por la gracia en ella, que las personas que

la veían por la calle — a pesar de los trajes humildes que ella usaba — comentaban: “¡Parece una reina!”.

¿Qué es esto? Es la dignidad del oficio humilde, modesto, honesto, de una cocinera, en quien vino a habitar la gracia de Dios, a iluminar aquello por dentro y hacer notar alguna cosa que ya no es aquello, sino algo parecido; y que perfuma con un encanto especial, una atracción especial todo hogar digno, donde se ama verdaderamente a Dios, donde el padre es rey, la madre es reina y los hijos son los súbditos. Había en la Francia del *Ancien Régime* esta expresión: “El padre es el rey de los hijos, y el rey es el padre de los padres.”

Y por tanto, en la dignidad de la casa más modesta y más humilde, como aquella luz irradiada de la corona, pasando por estratos atmosféricos diferentes, transponiendo las legítimas variaciones, llega para ofrecer toda su belleza, toda su sencillez, todo su encanto a la casa modesta del obrero. De tal manera que se podría decir que la casa de un obrero donde vive un santo es la mejor expresión de la casa de Nazaret. ❖

(Extraído de conferencia de
2/11/1992)

SANTORAL

1. San Eloy (o San Eligio), obispo († 660). Orfebre de Limoges, Francia, y consejero del rey Dagoberto I. Ingresó en la vida religiosa y fundó varios monasterios antes de ser elegido Obispo de Noyon.

2. I Domingo de Adviento

Santa Bibiana, mártir († s. inc.). Víctima de la persecución de Juliano el Apóstata. El Papa San Simplicio construyó en Esquilino, en Roma, una iglesia en su honor.

3. San Francisco Javier, presbítero († 1552).

San Sofonías, profeta. En los días de Josías, rey de Judá, anunció la ruina de los impíos y fortaleció a los débiles en la esperanza de la salvación.

4. San Juan Damasceno, presbítero y Doctor de la Iglesia († c 749).

San Osmundo, obispo († 1099). Habiendo asumido la diócesis de Salisbury, Inglaterra, consagró la iglesia catedral y promovió la dignidad del culto divino.

5. San Sabas, abad († 532). Nacido en Capadocia, actual Turquía, instituyó en la Judea un nuevo estilo de vida eremítica en monasterios llamados lauras.

6. San Nicolás, obispo († s. IV).

San José Nguyen Duy Khang, mártir († 1861). Catequista y compañero del obispo Jerónimo en sus viajes, fue flagelado, encarcelado y finalmente degollado durante la persecución del emperador Tu Đúc.

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia († 397).

San Juan el Silencioso, monje († 558). Renunció al episcopado para vivir como monje en la laura de San Sabas.

8. Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Ver página 10.

San Patapio, eremita († siglo V / VI). Después de vivir varios años co-



San Pedro Canisio

mo eremita en las cercanías de Tebas, se trasladó a Constantinopla, donde continuó su vida de austeridad.

9. II Domingo de Adviento.

San Juan Diego Cuauhtlatoczin († 1548). Indígena mexicano a quien se le apareció la Virgen María bajo la invocación de Guadalupe.

10. San Edmundo Gennings, sacerdote, y **San Suintino Wells,** mártires († 1591). Ahorcados durante la cruel persecución de Isabel I, el primero por ser sacerdote, y el segundo, por haberle dado abrigo.

11. San Dámaso I, Papa († 384).

Beata María del Pilar Villalonga Villalba, virgen y mártir († 1936). Laica de intensa vida espiritual, presa y fusilada durante la persecución religiosa en las cercanías de Valencia, España.

12. Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América Latina.

San Espiridón, obispo († c 348). Obispo de Tremithus, actual Tremintunte, en Chipre. Verdadero pastor de

ovejas, sus hechos y ejemplos admirables estaban en boca de todos.

13. Santa Lucía, virgen y mártir († c 304/305).

San Pedro Cho Hwa-so y cinco compañeros, mártires († 1866). Laicos torturados y decapitados en Corea por negarse a renegar de la fe.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y Doctor de la Iglesia († 1591).

San Venancio Fortunato, obispo († 600). Obispo de Poitiers, Francia, compuso himnos a la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo y honró con innumerables gestas la vida de los Santos.

15. Santa María Crucificada di Rosa, virgen († 1855). Fundó en Brescia, Italia, el Instituto de las Siervas de la Caridad, para ayudar a los más necesitados.

16. III Domingo de Adviento

Beato Felipe Siphong Onphitak, mártir († 1940). Padre de familia y catequista fusilado durante la persecución en Tailandia.

17. San Juan de Mata, presbítero († 1213). Ver página 2.



San Francisco Javier

* DICIEMBRE *

18. Santos Paulo Nguyen Van My, Pedro Truong Van Duong e Pedro Vu Van Truat, mártires († 1838). Catequistas vietnamitas estrangulados por negarse a pisar un Crucifijo como señal de apostasía.

19. Beato Urbano V, Papa († 1370). Monje benedictino elevado a la Cátedra de Pedro, en Aviñón. Se empeñó en restablecer la unidad de la Iglesia reinstalando la Sede Apostólica en Roma.

20. Santo Domingo de Silos, abad († 1073). Abad del monasterio de Silos, España, reconstruyó el edificio del cenobio, casi reducido a ruinas, restableció la observancia de la norma y promovió la alabanza divina día y noche.

21. San Pedro Canisio, Doctor de la Iglesia († 1597). Sacerdote jesuita natural de Nimega, Holanda, enviado a Alemania, donde trabajó denodadamente en la defensa y el fortalecimiento de la fe católica.

22. Beato Tomás Holland, presbítero y mártir († 1642). Jesuita condenado a muerte en el tiempo de Carlos I, por ejercer su ministerio sacerdotal en Inglaterra.

23. IV Domingo de Adviento

San Juan Cancio, presbítero († 1473).

San Sérvulo, el Paralítico († c 590). Paralítico desde la infancia, pedía limosna en el pórtico de la Iglesia de San Clemente, en Roma, y compartía con otros pobres todo lo que recogía.

24. Santa Tarsila, virgen († a. 593). Tía de San Gregorio Magno, que elogió su ejemplar vida de oración, recogimiento y penitencia.

25. Natividad de Nuestro Señor Jesús Cristo. *Ver página 22.*

Beato Miguel Nakashima, mártir († 1628). Religioso y catequista japonés que alcanzó la corona del martirio siendo sumergido en agua hirviendo.

26. San Esteban, diácono y protomártir.

San Dionisio, Papa († 268). Subió al Solio Pontificio tras la terrible persecución de Valeriano. Desde el inicio buscó consolar a los cristianos, rescatar los que habían perdido la libertad y reconducir a los extraviados.

27. San Juan, Apóstol y Evangelista.

Santa Fabiola, viuda († 400). Viuda romana que, según el testimonio de San Jerónimo, destinó toda su vida de penitencia al beneficio de los pobres.

28. Santos Inocentes, mártires.

San Gaspar del Búfalo, presbítero († 1837). Luchó en Roma por la libertad de la Iglesia y no cesó de conducir a los pecadores a la conversión, especialmente por la devoción a la preciosísima Sangre de Cristo, en cuyo honor fundó la Congregación de los Mi-

sioneros y la de las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre.

29. Santo Tomás Becket, obispo y mártir († 1170).

Beato Juan Bautista Ferreres Boluda, presbítero y mártir († 1936). Sacerdote jesuita encarcelado durante la Guerra Civil Española, cuando tenía 75 años. Murió en la cárcel a consecuencia de los malos tratos.

30. Fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. *Ver página 14.*

Beata Margarita Colonna, virgen († 1280). Joven de familia principesca, distribuyó su gran fortuna entre los pobres y fundó un monasterio de clarisas en Palestrina, Italia, donde se dedicó a la oración, la penitencia y la contemplación.

31. San Silvestre I, Papa († 335).

Santa Catalina Labouré, virgen († 1876). *Ver página 25.*



Espíritu de reparación

Debido a los pecados cometidos en todo el mundo, al conmemorar la Santa Navidad precisamos también hacer actos de reparación. Nuestra Señora, desde el primer instante en que Jesús nació, reparaba junto al Redentor los sufrimientos que Él tendría que padecer.

Como estamos próximos a la Natividad de Nuestro Señor, es interesante tener el pensamiento vuelto hacia esta grandísima fecha.

Influjos de la gracia y del demonio en el subconsciente

Tengo aquí una ficha sacada de las visiones de Catalina Emmerich¹, que trata de los efectos de la venida próxima de Nuestro Señor sobre toda la naturaleza. Pero la palabra “naturaleza” es tomada no sólo en el sentido de los reinos mineral, vegetal y animal, sino también y sobre todo del hombre, quiere decir, de toda la Creación.

Entonces, Ana Catalina muestra que en las vísperas y con el nacimiento de Jesús hubo una transformación, un movimiento profundo en las almas y en la materia.

Y esto es expresado de un modo muy bonito con estas palabras de ella misma.

Todos los corazones piadosos, que estaban afligidos con un santo deseo, palpitan sin querer ni saber, en presencia de la Redención.

Son estos movimientos profundos que hay en las almas buenas, cuando alguna cosa grande se aproxima; ellas se sienten tocadas a fondo para todo cuanto es bien, sin saber por qué.

Todo está en movimiento. Los pecadores sienten tristeza, ternura, arrepentimiento y esperanza. Los que no quieren arrepentirse, los pecadores empedernidos, los enemigos, los que han de crucificar al Salvador sienten angustia, inquietud y confusión, cuya causa no comprenden, mas perciben un movimiento indescriptible en el tiempo, cuya plenitud se aproxima.

Doy mucho valor a descripciones de esta naturaleza, porque muestran mucho los influjos profundos de la gracia y también del demonio en el subconsciente de las personas. Pero tocando en lo que la personalidad tiene de más interno y presentando todo el papel del subconsciente en los grandes movimientos de la Historia.

Movimiento de los buenos, de los malos y de la naturaleza.

Esta plenitud y la felicidad que trae consigo están en el corazón puro, humilde y humano de María, que ora en presencia del Salvador del mundo que en Ella se hizo Hombre y que, como Luz hecha carne, vendrá dentro de poco a esta vida, a sus dominios, donde los suyos no lo conocieron.

¿Por qué hay hombres que buscan y no encuentran? Aquí ellos debe-

rían ver que el bien produce siempre el bien, y el mal produce mal, cuando no es destruido por el arrepentimiento y por la Sangre de Cristo.

Así como los santos y los que vi-

En estos días
el demonio está
encadenado,
se arrastra y
tiembla. Por
esto aborrezco
a los animales
que se arrastran
por la tierra.

ven piadosamente, y las pobres almas del Purgatorio están en constante relación entre sí, trabajando juntamente, ayudándose y comunicándose mutuamente los medios de sal-

vación y santificación, así veo esto mismo en toda la naturaleza.

Entonces hay tres movimientos: uno de todos los malos, otro de todos los buenos, y el tercero, de la naturaleza. Estos tres movimientos son del orden de la Creación y, digamos, representan una lucha de unos con los otros, y son hechos fundamentales de la Historia del mundo.

Es inexplicable lo que veo, el que es simple y sigue a Jesús lo recibe gratuitamente. Esta es la gracia admirable de este tiempo para siempre. En estos días el demonio está encadenado, se arrastra y tiembla. Por esto aborrezco a los animales que se arrastran por la tierra.

¡Vean qué conclusión interesante! El animal que se arrastra por la tierra es una figura del demonio como, por otra parte, está escrito en el Génesis.

También el demonio nauseabundo y detestable de la herejía anda encorvado, y no puede hacer nada en estos días. Tal es la gracia eterna de este tiempo.

Realmente, en el tiempo en que la Navidad aún no era comercializada—cuando no estaba transformada en una feria para imponer el correr de productos industriales, cueste lo que cueste—, se sentía mucho esto: una dulzura, una cordialidad, una alegría celeste, sobrenatural, que ningún carácter meramente humanitario ni de



Gustavo Kraij



lejos tiene. Y exactamente la industrialización de la Navidad, a mi ver, es hecha para acabar con esa atmósfera y colocar una atmósfera de fondo diabólico, que es exactamente preparada para liquidar los prejuicios que el demonio tiene en ese tiempo.

Commemoración de la Navidad en una atmósfera comercializada

Veamos cómo esas influencias sobre las cuales hablaba son verdaderas. En las vísperas del nacimiento de Nuestro Señor, los hombres buenos, los pecadores que no estaban endurecidos, sino arrepentidos, estaban alegres, y los malos profundamente perturbados.

Poco antes de la Revolución Francesa, del protestantismo, notábase lo contrario. Los hombres buenos profundamente angustiados, a veces sin saber por qué; los malos alegres, llenos de esperanza. Son las tales influencias que recorren el mundo y dan el sentido profundo de la Historia.

¿Qué debemos pedir en vista de esto?

En primer lugar que Nuestra Señora actúe sobre nuestra debilidad, dándonos una orientación exacta cuanto a esas influencias para el lado bueno y provecho de nuestra alma.

Y en segundo lugar que Ella nos dé un medio de resistencia en esta Navidad a la atmósfera comercializada y pésima que tenemos delante de nosotros. Por todas partes se ven esas cestas enormes con pseudo-regalos, y en los carteles de las calles manifesta-

ciones navideñas horribles para preparar la Navidad de la mentira.

Que María Santísima nos conceda también el espíritu verdadero de la Santa Navidad, es decir, algo de esa alegría por la conmemoración del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Actos de reparación en la noche de Navidad

Sin embargo, me gustaría añadir algo que debe marcar nuestras fiestas de Navidad.

No podemos celebrar esta Navidad como si fuese un año cualquiera. Imaginemos una casa en la cual la madre de familia está gravemente enferma y sufriendo dolores atroces. Se comprende que se haga un árbol de Navidad y,

sobre todo, que haya un movimiento de piedad a propósito de esta fiesta y alguna cosa de alegría navideña.

Pero todo esto debe ser dominado por el recuerdo de la madre que está enferma. O sea, hay una especie de luz de tristeza, violácea.

Y es precisamente esto lo que precisa existir también en nuestra Navidad, por razones que todos están hartos de saber.

Debemos cargar el dolor de nuestra Madre durante esta Navidad, porque es como hijos de Ella que nosotros la celebramos.

Me gustaría insistir también en un punto: en el momento de la Santa Navidad, precisamos hacer actos de reparación. Nuestra Señora, con certeza, desde el primer instante repara- ba junto al Niño Jesús todos los sufrimientos que Él tendría que padecer.

DR04 (CCS3.0)

Por lo tanto, el día de Navidad tuvo tristezas. Y en la situación actual, no tener esa tristeza es completamente inconcebible.

Entonces, el cáliz está siendo bebido hasta la última gota, y nosotros, en lugar de pensar en los cálices con hielo, ¿pensamos en las copas con champagne? Haciendo esto, ¿cómo se puede tener un alma recta? Es evidentemente imposible.

De manera que insisto: en la propia noche de Navidad, es preciso saber tener un espíritu de reparación en los actos de piedad, que en esta ocasión vamos a ofrecer. ❖

(Extraído de conferencia de 20/12/1965)

1) Monja agustina, mística, beatificada el 3 de octubre de 2004.



Venid: ¡La Santísima Virgen os espera!



Nuestra Señora de las Gracias
Santuario de la Medalla
Milagrosa, París, Francia

Al contemplar las apariciones de Nuestra Señora a Santa Catalina Labouré, el Dr. Plinio resalta el carácter profético de sus mensajes y la afabilidad e inocencia que trasparecen en las narraciones de la santa.

Debemos comenzar ahora el comentario de los hechos que se relacionan con la aparición de Nuestra Señora a Santa Catalina Labouré.

Ángulo de análisis de los hechos precedentes a las apariciones

Para acompañar bien el asunto, es necesario conocer la situación general de Francia y de Europa en aquellas circunstancias, porque se trata de una serie de revelaciones de carácter profético, en este sentido de la palabra: ellas se dieron en 1830 y Nuestra Señora previó hechos –más o menos improbables en aquel tiempo– que se darían en 1870, cuarenta años después, exactamente.

Los hechos tenían mucha relación unos con otros, y bajo ese punto de vista esas apariciones interesan de un modo muy particular, pues la revolución de 1830 es presentada por Nuestra Señora como siendo la primera señal de un conjunto de desórdenes en Francia, que habría de culminar con una revolución en 1870.

La revolución de 1830 fue liberal. La de 1870 fue llamada Comuna de París, y tal vez se pueda decir que fue la primera revolución comunista en Europa, si no se considerase a la Revolución Francesa como una revolución comunista.

Esa es otra cuestión. Habitualmente no era tenida como comunista. Sin embargo, muchos historiadores reconocen hoy que, llegando a su



Santa Catalina Labouré – Iglesia de San Vicente de Paúl, París, Francia



auge, ella tomó el carácter y al menos el espíritu comunista.

En fin, dejando esto de lado queda claro por lo tanto la idea del liberalismo generando al comunismo, y que es presentada de algún modo por las revelaciones. Esta idea se relaciona tanto con nuestra concepción de Revolución y Contra Revolución así como con las preocupaciones habituales de nuestro pensamiento, que no puedo dejar de realzar esto desde el comienzo.

Táctica revolucionaria de Napoleón

¿Cuál era la situación de Francia y de Europa en 1830? Era la siguiente.

La Revolución Francesa debe ser considerada como un gran movimiento revolucionario que comenzó simbólicamente en 1789, con la caída de la Bastilla, y que verdaderamente tuvo su fin en 1815 cuando Napoleón cayó por segunda vez.

Napoleón es tenido por muchos como siendo lo contrario de la revolución, porque impuso orden en Francia cuando ella estaba en el caos y en el desorden. Pero el problema es que la Revolución no es sólo desorden y caos, sino también un orden material en el cual se impone que las cosas queden de cabeza para abajo.

Y fue exactamente lo que Napoleón hizo.

Él aprovechó el orden que impuso y aprovechó el prestigio de las victorias militares que alcanzó para imponer a Francia, de modo estable, una serie de transformaciones que la Revolución Francesa introdujo, pero que eran mal aceptadas por el pueblo. En algunas cosas Napoleón retrocedió en relación a la Revolución Francesa; en otras, él impuso. Y esto hacía parte del juego: ceder algo, pero también volver algo definitivo e irremediable.

Revancha de la Revolución

En 1815 se da la Batalla de Waterloo; Napoleón es mandado a Santa Helena, y el orden de Francia gira: los Borbones son restaurados y reinan de 1815 a 1848.

La restauración de los Borbones se dio en la persona de Luis XVIII, un hermano de Luis XVI. Él fue sucedido por Carlos X, quien reinó de 1824 hasta 1830, un rápido reinado. En 1830 hubo una revolución de carácter liberal que destituyó a Carlos X, tenido como un rey reaccionario y ultramontano. En su lugar fue colocado un pariente de ellos, el Duque de Orleans que no tenía derecho a la sucesión al trono y que reinaría de 1830 a 1848.

La intromisión de un rey ilegítimo, de ideas conocidamente liberales, representaba una revancha de la Revolución. Podemos decir que la Revolución dio una gran paso hacia atrás con la restauración de los Borbones; hizo medio paso al frente con la implantación de la monarquía burguesa de Luis Felipe, y de ahí en adelante los hechos se fueron sucediendo hasta la Comuna de París en 1870.

Carlos X era católico, pero veía una serie de cosas de forma estrábica. A pesar de eso, por causa de la onda de la opinión contra revolucionaria, la Religión hizo muchos progresos en Francia, restauró una porción de cosas e instituciones que habían caído, y fue ocasión para recristianizar a la opinión pública.

En ese período de adversarios de la Religión también hubo levantamientos y motines, agresiones y un desarrollo grande del anticlericalismo. Esa era una buena señal desde el punto de vista religioso, pues siempre que la Iglesia es atacada por sus enemigos, es clara muestra de que Ella está siendo fiel a sí misma.

Debemos situarnos en esa atmósfera para comprender el ambiente en el cual se dieron las revelaciones de Nuestra Señora a Santa Catalina Labouré, religiosa de San Vicente de Paúl.

Las Hermanas de la Caridad

El hábito de las Hermanas de la Caridad era negro, como suelen ser los hábitos de las religiosas, pero con una especie de cuello engomado blanco. La cabeza era adornada por un velo bretón un tanto estilizado por la inspiración y las manos de la Iglesia. Naturalmente, un rosario pendiente de la cintura.

Sus religiosas en general eran personas fuertes, robustas y siempre dispuestas para el trabajo. Algunas un poco campesinas –aunque eso no las desdora en nada–. Mirada limpia, recta, actitud sin pre-



Batalla de Waterloo

tensión de quien prefiere pasar desapercibida.

Ellas eran destinadas muy frecuentemente a tomar cuenta de los hospitales, atender a los enfermos y a otras obras de caridad material. Obras de misericordia temporal que ellas aprovechaban como ocasión para las de misericordia espiritual: aprovechaban para llamar a un padre junto al agonizante, invitaban a los niños para ir al catecismo de la Parroquia o en el convento de ellas. Si encontraban a algún desdichado por las calles, paraban a preguntarle lo que necesitaba, ayudaban a la persona, etc. En fin, hacían todo cuanto pudiesen para atender a los infortunios, a las carencias materiales. Pero, sobre todo, a las necesidades espirituales de los más variados ambientes por donde ellas acostumbraban introducirse.

La elevación de su apostolado era tan grande y ellas eran de tal manera admiradas por eso, que una Hermana de San Vicente de Paúl habitualmente era tenida como el propio símbolo de la Religión en una de sus expresiones más bellas y conmovedoras.

Cuando Nuestra Señora desea...

Catalina Labouré nació en 1806. Era hija de un matrimonio de propietarios rurales. Su madre falleció cuando tenía solo nueve años.

Catalina le pidió autorización a su padre para ser Hermana. Este se opuso terminantemente y juzgó bueno para distraerla, mandarla a un lugar de placer, un empleo donde ella podría distraerse de modo placentero.

París ya era, para las proporciones de Francia y del mundo de aquel tiempo, una ciudad de lujo, una ciudad torbellino de la alegría y del vivir mundano. El padre quería conducirla hacia París para que su vocación desapareciese.

Pero cuando Nuestra Señora quiere, quiere... Catalina terminó yendo a París, se hizo religiosa y recibió las revelaciones.

En los suburbios de París

El año 1828, Catalina fue puesta por su padre como auxiliar de su hermano en un pequeño restaurante para obreros y en uno de los barrios más populosos de París.

Era un restaurante sólo de hombres. Con seguridad que ellos comían allí pues no tendrían tiempo de ir a sus casas para ello. Se puede imaginar la bebedera, las conversaciones inmora-

les, las canciones entonadas... y la futura santa obligada por su padre a servir allí. Debemos ver el contraste y las idas y vueltas que el designio de la Providencia la hizo recorrer en esa ocasión.

Tenía entonces 22 años, en una edad enteramente inadecuada para ese tipo de servicio. Ella se quedaba quieta –era su defensa–, y durante el servicio nunca abría los labios. Hablasen con ella lo que fuese, preguntasen lo que quisieran, ella servía sin decir una palabra. En aquel ambiente era el medio de aislarse y proteger su propia pureza y su piedad.

Ella se sentía en un verdadero suplicio en un ambiente tan libre como ése, donde los chistes y lisonjas galantes no faltaban.

El obrero de aquel tiempo era en general muy corpulento, porque la industria era mucho menos mecanizada que hoy en día y exigía mucha más fuerza en el trabajo manual. Imaginemos un restaurante pequeño lleno de hombres musculosos... Entra una doncella que no tiene otra cosa sino a su Ángel de la Guarda para defenderla... y acaba do-



Napoleón después de su abdicación en Fontainebleau
Museo de Bellas Artes, Leipzig, Alemania

Paul Delaroché (CC3.0)

mando el ambiente. Bromas de aquí, chistes y galanteos de allá. Ella solo tiene la defensa del repudio y de sus labios cerrados. Ella domina.

Se ve a la virtud dominando al vicio, el espíritu dominando a la materia. ¡Qué bella victoria y cómo esto nos ayuda conocer el perfil moral de la santa!

En Châtillon-sur-Seine

Ese martirio duró cerca de un año. En 1829 Santa Catalina Labouré pasó a residir con una cuñada que mantenía un pensionado para señoritas en Châtillon-sur-Seine, en el departamento de Côte D'Or. Era al que una parte de la nobleza de Borgoña enviaba a sus hijas.

Catalina vivió con más libertad y pudo mejorar algún tanto su caligrafía. Pero su ortografía fue siempre muy irregular.

En enero de 1830 entraba en el hospital de la caridad dirigido por las Hermanas de San Vicente de Paúl, en Châtillon-sur-Seine.

Ella que había doblegado a los obreros del restaurante, doblegaba también a su padre.

Después de tres meses de postulante, siguió finalmente hacia París, y en 1830, en el mes de abril, por primera vez entró en el noviciado de la Rue du Bac, donde se dieron las apariciones.

Ella era por lo tanto novicia cuando se verificaron esas apariciones.

Junto al corazón de San Vicente

Tres días después de la llegada de Catalina se dio el solemne traslado de los despojos de San Vicente de Paúl a la capilla de la Rue de Sévres, gran ceremonia a la cual asistían el Rey Carlos X y el Arzobispo de París, Mons. Quélan.

¡Qué linda escena: el Arzobispo de París presidiendo con certeza la ceremonia...! Es probable que el palio cubriese los restos mortales de San Vicente de Paúl y allí también estuviese el Rey. Todo lleva a imaginar que antecediendo y cerrando el cortejo de las reliquias había personalidades del clero, de la familia real, de la corte, pueblo en cantidad, probablemente tropas presentando armas, etc. Así se dio el traslado del cuerpo de San Vicente de Paúl, que era el fundador de la congregación religiosa adonde ella estaba entrando, y que era naturalmente venerado por todo el pueblo francés.

Santa Catalina como novicia frecuentó varias veces la capilla de Saint-Lazare, donde fue colocado el cuerpo de San Vicente de Paúl.

Ella nos cuenta:

El corazón de San Vicente aparecía todas las veces que yo volvía de Saint-Lazare. Se me apareció tres ve-

Gustavo Kraff



San Vicente de Paúl – Santuario de la Medalla Milagrosa, París, Francia

ces de modo diferente y tres días seguidos: blanco, color carne –lo que anunciaba la paz, la calma, la inocencia y la unión–; después lo vi rojo color de fuego, lo que indicaba el incendio de la caridad de su corazón; me parecía que la comunidad debía renovarse, extenderse hasta las extremidades de la tierra, lo que de hecho se dio. Finalmente, lo vi rojo negro, lo que indicaba tristeza. Me venían tristezas que tenía mucha dificultad en dominar. No sé por qué ni cómo esa tristeza se relacionaba con el cambio de gobierno que habría próximamente en Francia.

San Vicente de Paúl, como santo que ama a Francia, a la civilización cristiana y sobre todo a la Iglesia, le daba a conocer a ella antes de la caída del gobierno, que el rey caería. Expresaba su dolor profundo haciendo ver su propio corazón con esos colores diferentes. Un rojo casi negro que indicaba tristeza... ¿Qué iría a suceder?

¿Por qué ella lo sabía de antemano?

Claramente para que nosotros lo supiésemos. Pero también para rezar y para ir pidiendo por la causa católica en Francia, inclusive antes de ser golpeada, de manera a poder conseguir que el golpe no fuese tan grande y que alguna cosa sobreviviese.

Vemos a la Providencia que permite el golpe, pero prepara también algo que lo atenúa. ¡Ahí se ve la bondad y la misericordia de Nuestra Señora!

Gracias de perseverancia

Cierto día, una voz interior dijo a la vidente: “El corazón de San Vicente está un poco consolado, pues obtuve de Dios por mediación de María, que

sus familias no perecerían en medio de esas infelicidades, y que Dios se serviría de ellas para reanimar la fe”.

O sea, habría sido normal que las ramas masculina y femenina de la obra de San Vicente de Paúl hubiesen desaparecido, pero Nuestra Señora pidió y obtuvo antes de la revolución que esas dos familias –lo interpreto así como los ramos masculino y femenino– sobreviviesen a fin de esparcir la fe por el mundo entero. Lo que en amplia medida se dio.

Revolución de julio

Los más negros y tristes pensamientos se dieron el día de la Santísima Trinidad, 6 de junio:

La revolución fue en julio.

“Nuestro Señor se me apareció como un rey con la cruz sobre el pecho en el Santísimo Sacramento. Esto se daba durante la Santa Misa, en el momento

del Evangelio. Me pareció que Nuestro Señor era despojado de todos sus ornamentos, cayendo todo por tierra”.

Lo narrado se relacionaba con la revolución que se daría allí.

“Fue entonces que tuve el pensamiento de que el rey de la tierra sería despojado de sus vestiduras reales”.

Fue lo que sucedió en los últimos días de julio.

“De ahí los pensamientos que tuve y que no sabría explicar sobre la pérdida que se tendría”.

Como ella era una persona poco culta, no comprendía todo el alcance de ese acontecimiento y lo que la Religión perdía con eso.

Ella estaba con el espíritu poco acostumbrado a medir los vaivenes de la Revolución y de la Contra-Revolución, pero Nuestro Señor Jesucristo le permitía experimentar una profunda tristeza con esos hechos.

Ahí podemos ver una cosa curiosa que es la relación directa... No recuerdo de haber visto una cosa parecida –tal vez la hubiese– de una revelación tan altamente probable que en mi fuero interno tomo como cierta, con un hecho político. Pero un hecho político determinado: “A fulano le va a suceder tal cosa y por eso Dios está triste”. No recuerdo una cosa de esas... es un hecho único, al menos para mi memoria, y que gustaría resaltar.

Lo sobrenatural comienza a manifestarse

Imaginemos la ciudad de París, en aquel tiempo enormemente menor de lo que ella es hoy, silenciosa, tranquila, aún sin motores. Los automóviles no existían aún, el silencio de toda la población que dormía era apenas interrumpido de vez en cuando por las patas de un caballo que golpeaba sobre las piedras de la calle, y que iba arrastrando un carrito o algún carruaje de prisa hacia un lugar, durante la noche.

No existía aún la luz eléctrica y el dormitorio de las religiosas era ilumina-

nado por candeleros. Todas dormían, incluso Catalina. Allí, de una forma completamente diferente del mundo exterior, lo maravilloso y sobrenatural comienza a manifestarse y Nuestra Señora hace el primero de sus grandes mensajes para el mundo del siglo XIX.

Vale la pena leer el propio texto de la santa, en que cuenta lo que sucedió entonces. Es un poco largo pero son sus propias palabras y nos dará un buen desarrollo para el tema.

“La Santísima Virgen os espera...”

Ella dice lo siguiente:

“Vino después la fiesta de San Vicente.

En la víspera, nuestra buena madre Marta nos hizo una instrucción sobre la devoción a la Santísima Virgen, lo que me dio un gran deseo de verla. Me acosté pues con el pensamiento de que en aquella misma noche yo vería a mi buena Madre. Hacía tanto tiempo que yo deseaba verla”.

La inocencia e ingenuidad de ese pensamiento así como el carácter filial son muy bonitos.

En fin, a las once y media de la noche...

En aquel entonces eran altas horas de la noche.

“... oí que me llamaban por el nombre: ¡Hermana Labouré!, ¡hermana Labouré! Habiendo despertado, miré hacia el lado del cual provenía la voz, que era el lado del pasillo”.

Debería ser un pasillo del dormitorio.

“Corro la cortina y veo a un niño de cuatro o cinco años que me decía: ‘Venid a la capilla, la Santísima Virgen os espera’.

Debemos imaginar un ambiente con mucha paz y tranquilidad, todas las hermanas durmiendo... y ese niño aparece (ella después va a describir al niño) y dice: “La Santísima Virgen os espera”. ¡Qué afabilidad de Nuestra Señora... estar a la espera de ella!

“Inmediatamente se me vino el pensamiento: ‘Se van a dar cuenta’. El niño me respondió: ‘Quedad tranquila... son las once y media de la noche y todo el mundo está durmiendo. Venid, yo os espero’.

¿Quién es ese niño que dice “yo”?

“Me vestí de prisa y me dirigí hacia el lado del niño. Éste había permanecido de pie, sin avanzar más allá de la cabecera de mi cama. Él me siguió –o mejor yo lo seguí– siempre a mi izquierda.”

“Por todos los lugares por donde pasamos las luces estaban encendidas, de lo que me admiraba mucho...”

Naturalmente, nadie veía: era milagro. Todo eso es dado para causar gran impresión.

“Sin embargo, mucho más sorprendida quedé cuando entré en la capilla. La puerta se abrió con solo el niño tocarla con la punta del dedo, y mi sorpresa fue aún más completa cuando vi todas las velas y candelabros encendidos, lo que me recordaba la Misa de medianoche.”

Como si fuese la Misa de Gallo.

“Sin embargo, nada veo de la Santísima Virgen.

El niño me condujo al presbiterio, al lado de la silla de brazos del sacerdote. Allí me arrodillé y el niño permaneció de pie todo el tiempo. Me parecía que estaba demorando y miraba para ver si las vigilantes no pasaban por la tribuna”.

En el fondo, en el coro alto.

Ella tenía miedo de que pudiesen darse cuenta, de que alguna cosa violase el secreto.

Linda escena: ella arrodillada junto a la silla del sacerdote, las luces todas encendidas y pensando qué diría la vigilante sobre esa completa irregularidad.

“Allí se dio el momento más dulce de mi vida”

“Finalmente, llegó la hora. El niño me previno diciéndome: ‘He ahí a la Santísima Virgen’. Oí como el ro-



ce de un vestido de seda que venía del lado de la tribuna...

Era el frufrú de quien está con un vestido de seda, que en aquel tiempo iba hasta el suelo. Producía aquel ruido agradable y muy peculiar.

... cerca del cuadro de San José y que pasaba sobre las gradas del altar del lado del Evangelio, sobre una silla igual a la de Santa Ana.

¿Qué sería esa silla de Santa Ana?

“Yo estaba en la duda de que fuese la Santísima Virgen. En ese preciso momento, el niño que estaba allí me dijo: ‘He ahí a la Santísima Virgen’.

“Me sería imposible decir lo que sentí en ese momento, lo que pasaba dentro de mí. Me parecía que no veía a la Santísima Virgen.

“Entonces el niño me habló, no más como un niño sino como un hombre de los más fuertes, y con las palabras más fuertes.

“En ese momento, mirando a la Santísima Virgen, di un salto junto a Ella, poniéndome de rodillas sobre las gradas del altar y con las manos apoyadas sobre las rodillas de la Santísima Virgen”.

Nuestra Señora estaba sentada en la silla del sacerdote. Santa Catalina apoyó las manos sobre las rodillas de Nuestra Señora. Comprendamos bien la afabilidad de esa aparición... ¡una cosa extraordinaria! Para quien fuera como Santo Tomás que puso su mano en el costado de Nuestro Señor... también ella tocó.

“Allí se dio el momento más dulce de mi vida. Me sería imposible decir todo lo que sentí. Ella me dijo cómo me debería conducir en relación a mi director espiritual, y varias cosas que no debo decir. La manera de sobrellevar mis sufrimientos, lanzándome a los pies del altar –y me mostraba con su mano izquierda los pies del altar– y allí fundir mi corazón. De esa forma recibiría todas las consolaciones de que tuviese necesidad”.

Nos quiere decir aquí que cuando ella tuviese sufrimientos, no los co-



Silla en la cual la Santísima Virgen se sentó para conversar con Santa Catalina

mentase con nadie, fuese al altar y se desahogase allí en el lugar indicado por Nuestra Señora para ella: “Aquí, en este punto...”

Podemos comprender cuánto ella volvió a ese lugar indicado por Nuestra Señora, físicamente, ¡una verdadera maravilla!

“Entonces le pregunté lo que significaban todas las cosas que yo había visto, y Ella me explicó todo”.

Santa Catalina no dice aquí qué era, al menos no consta.

“Quedé allí no sé cuánto tiempo. Todo lo que sé es que cuando Ella partió no percibí sino que alguna cosa se extinguió. En fin, una sombra más que se dirigía hacia el lado de la tribuna, por el camino por el cual Ella había llegado”.

“Me levanté de las gradas del altar y encontré al niño donde lo había dejado. Él me dijo: ‘Ella se retiró’. Entonces retomamos el mismo camino, todo iluminado siempre. El niño estaba siempre a mi izquierda. Creo que este niño era mi Ángel de la Guarda que se había vuelto visible para hacerme ver a la Santísima Virgen, pues había rezado mucho a él para que me obtuviese ese favor. Estaba vestido de blanco trayendo consigo una luz milagrosa, quiero decir, él era resplandeciente de luz. Tenía más o menos la edad de cuatro o cinco años.

De regreso a mi lecho eran las dos de la mañana, pues oí tocar las horas.

No conseguí dormir más.

Está terminada la revelación.

Un terciopelo precioso

No me consta que allí en la Rue du Bac se indique cuál fue el lugar mostrado por Nuestra Señora a ella. Evidentemente, cualquier uno de nosotros que allí estuviese, no dejaría de rezar y de besar el piso.

La silla está allí sobre un pequeño estrado, y todas las personas que entran van a besarla [N.R. Hoy en día no es posible hacerlo]. Cuando yo la besé presté mi atención sobre el terciopelo y éste me pareció que era nuevo. Me causó desagrado, pues si es nuevo, no es el mismo terciopelo sobre el cual Nuestra Señora se sentó.

A la salida pregunté a la hermana:

– Hermana, hágame un favor.

¿Ese terciopelo de la silla es el mismo en el cual Nuestra Señora se sentó?

Ella dijo:

– No. Hace poco lo sustituimos por un terciopelo nuevo

Yo pensé que podría quedar con el terciopelo para mí, y le dije:

– Hermana, ¿yo no me podría quedar con ese terciopelo, o al menos con un pedacito de él?

Ella dijo:

– No.

No me recuerdo si ella dijo que lo habían botado, o quemado. No pude contener mi sorpresa y le dije:

– ¡Pero Hermana! Ud. ya pensó lo que sería... Si la armazón de madera de la silla se besa, ¿por qué no besar el terciopelo? ¿Por qué no guardarlo? ¡Ud. ya pensó que eso es una reliquia!

– ¡Sí, es verdad!

Entonces agregué:

– ¡Cuántas personas podrían venir aquí para recibir de Uds. un pedacito de ese terciopelo!

Como ella quedara medio sorprendida, le dije:

– Hermana, yo soy de América del Sur, soy de Brasil. ¡Le garantizo que América del Sur desfilará aquí para recibir pedazos de ese terciopelo!

– Nous n’avons guère songé – ¡Ni siquiera pensamos en eso!

Una promesa hecha por Nuestra Señora

Julio de 1830. Coloquio con la Santísima Virgen.

“Hija mía, el Buen Dios quiere encargarnos de una misión. Tendréis muchos sufrimientos, pero superaréis estos sufrimientos pensando que lo haréis para la gloria del Buen Dios. Conoceréis que es del Buen Dios y seréis atormentada hasta que lo hayáis dicho a aquél que es encargado de conducirlos. Seréis contrariada, pero tendréis la gracia y por eso no temáis. Decid con confianza todo lo que pasa en vos; decidlo con simplicidad y sencillez, tened confianza, no temáis”.

Podemos observar cuánto miedo Catalina tenía del propio confesor con quien se debería abrir.

“Veréis ciertas cosas. Prestad cuenta de lo que viereis y oyereis. Seréis inspirada en vuestra oración. Prestad cuenta de lo que viereis en vuestras oraciones”.

“Los tiempos son muy malos. Los males vendrán a precipitarse sobre Francia; el trono será abatido, el mundo entero será trastornado por males de todo orden –al decir esto la Santísima Virgen tenía un aire lleno de pena–, pero venid al pie de este altar; ahí las gracias serán derramadas sobre todas las personas que las pidieren”.

Es una promesa magnífica.

“Hija mía, me gusta derramar gracias sobre la comunidad en particular. La aprecio mucho y sufro porque hay grandes abusos contra la regla”.

Nuestra Señora gustaba de la Comunidad en cuanto institución, pe-

ro ya en aquel tiempo había muchos abusos en el cumplimiento de la regla.

“Las reglas no son observadas, hay gran relajamiento en las dos comunidades. Decidlo a aquél que está encargado de una manera particular de la comunidad. Él debe hacer todo lo que le sea posible para reponer la regla en todo su vigor. Decidle de mi parte que hay que vigilar sobre las lecturas, las pérdidas de tiempo y las visitas”.

“La comunidad gozará de una gran paz, se volverá grande. Momentos vendrán en que el peligro será grande, se creará todo perdido”.

Es curioso que este momento no es para 1830, porque ¿cómo va a haber una gran paz y se corregirán los abusos, etc. cuando ya se está en julio y la revolución fue en julio?

Estos hechos no caben ahí, sino después.

“Yo estaré con vosotras, tened confianza.

“Pero no se dará lo mismo con las otras comunidades: habrá víctimas –al decir esto, la Santísima Virgen tenía lágrimas en los ojos–. Para el clero de París habrá víctimas. El Señor Arzobispo –a esa palabra, lágrimas de nuevo–”.

Yo creo que no fue Mons. Quélan. Tal vez se trate de una profecía de 1870.

“Hija mía, la cruz será despreciada y echada por tierra. La sangre correrá; se abrirá de nuevo el costado de Nuestro Señor; las calles estarán llenas de sangre; el Señor Arzobispo será despojado de sus vestiduras –aquí la Santísima Virgen no podía hablar más, el sufrimiento estaba estampado en su rostro. ‘Hija mía, decía Ella, todo el mundo yacerá en profunda tristeza’”.

“Ante esas palabras pensé cuándo esto se daría: comprendí bien, de ahí a cuarenta años”.

En 1870, cuando el Arzobispo fue realmente fusilado mientras bendecía a los revolucionarios y dos balas cortaron sus dedos. Murió bendiciendo.

Una persona muy competente en esos asuntos de la historia del S. XIX me dijo que el arzobispo era de tendencia liberal. Tuvo entonces de algún modo un castigo, pues lo fusilaron los liberales. Pero notemos bien cómo Nuestra Señora manifiesta sufrimiento con el hecho, porque él era arzobispo, y en su persona era la Iglesia quien sufría una violencia.

Observemos como Nuestra Señora ama las instituciones eclesiásticas. Ella ama tanto una congregación religiosa en la cual, sin embargo, denuncia graves abusos. Y sufre tanto con el padecimiento de un arzobispo. Es la congregación en cuanto congregación, el arzobispo en cuanto arzobispo.

Todo esto nos debe hacer comprender el amor que debemos tener a las instituciones eclesiásticas, por más que las vicisitudes humanas hagan que dentro de ellas se den cosas que son contrarias a lo que se podría querer. ❖

(Extraído de conferencia de 7/11/1980)



Santa Catalina conversa familiarmente con María Santísima
Santuario de la Medalla Milagrosa, París, Francia.



Ansiedad jubilosa de lo maravilloso

Atmósfera sobrenatural, piedad, colorido interior, son algunos de los factores que hacen de la Basílica de San Antonio en Padua un lugar que invita a la práctica de la virtud y al deseo del Cielo.

San Antonio era un polemista de primer orden. Doctor de la Iglesia, hombre de gran inteligencia, cultísimo, falleció a los treinta y nueve años; por lo tanto, muy prematuramente. Era un polemista que arrasaba a los adversarios, habiendo pasado a la Historia con el título de “Martillo de los herejes”.

Peregrinando en Padua

La penúltima vez que fui a Padua fue durante un período de peregrinación. Afluían peregrinos de todas partes de Europa y del mundo, en especial de Italia y de Portugal. La Basílica se llenaba de gente hablando, casi uno no podía moverse allí dentro.

Además, había dentro de la iglesia mesitas con medallitas y otros objetos de piedad que se vendían a los peregrinos, eso también muy legítimo, pues las personas vuelven a sus casas llevando recuerdos religiosos para sus familias, amigos. Lejos de mí criticar eso. Pero hay siempre gente indecisa que se detiene en el mostrador y se queda comparando medallita con medallita no sé por cuanto tiempo. Otros quieren comprar y empujan... Y la escena se repite en la próxima mesa.

Entra aquí una cuestión personal: tengo una verdadera ojeriza a los lugares de oración repletos. Me alegran que estén llenos, pero me complace estar allí cuando hay poca gente. Me parece legítimo que las personas sientan

eso de un modo diferente, pues depende del temperamento de cada uno.

Sin embargo, en mi última visita, no. Era un intersticio entre temporadas de peregrinación y había menos gente. Eran personas piadosas del lugar y de los alrededores que iban allá como todo el mundo va a las respectivas iglesias en todas partes. Era un buen número, rezaban y no tenían la preocupación del *compra-compra*, del *vende-vende*, siendo varios de ellos realmente fieles. Se percibía que eran personas buenas, piadosas, que estaban allí para rezar. Es San Antonio de Padua y el ambiente creado por sus reliquias, las gracias de las cuales él es ocasión, y vehículo, que impregnan de algún modo la basílica y condicionan también la piedad.

La presencia de esa piedad cotidiana, buena, realizada por las gracias recibidas por medio de San Antonio hace bien al alma.

Algo del pulchrum católico

Padua perteneció otrora al distrito político de la República Aristocrática de Venecia y, en cuanto tal, era muy influenciada por Bizancio y por los Balcanes. Venecia queda prácticamente frente a los Balcanes, y la travesía del Mar Adriático, inclusive con los medios de navegación antiguos, era muy fácil y relativamente rápida.

Los críticos de arte son unánimes en afirmar que la Basílica de San Marcos en Venecia tiene una nota bizantina muy marcada.

Así también se observa que, siendo Padua políticamente dependiente de Venecia en la época en que la Basílica de San Antonio fue construida, esta da un poquito la idea de un edificio a la manera de las iglesias orientales, y algunas de sus torres recuerdan minaretes turcos.

La Basílica de San Antonio de Padua expresa bien algo del *pulchrum* de la Iglesia Católica. No es una gran pieza de arquitectura, pero expresa bien lo que yo quiero hacer notar.

Juego de cúpulas y minaretes

Es imposible negarle cierta belleza a la sucesión de cúpulas y torres, ya sea por el colorido, ya sea por el aire de fantasía que hay dentro de eso, por donde se tiene la impresión de que esas bóvedas emergen de dentro de la iglesia como las burbujas de gas de un vaso de agua mineral: suben y después revientan. El aparente desorden en que todo esto está colocado encima es bonito, entretiene y es agradable a la vista. Por lo tanto, en profundidad, no es un desorden, pues todo eso atrae y contenta mucho al espíritu.

Se nota, en esa construcción, el contraste entre el estilo veneciano y el florentino. Es otra concepción de las

cosas por la cual se ve la riqueza espiritual e intelectual de Europa y particularmente, de la Italia de aquel tiempo: a una distancia pequeña, dos mundos que se desarrollan lado a lado sin interferir uno en el otro, pero en una posición casi polémica de aspectos diferentes de la vida.

Lo sobrio está totalmente ausente del interior de la Basílica de Padua. Si nos damos el trabajo de recordar la Catedral de Florencia, mirando esas pinturas y esa especie de sinfonía de colores, triunfal, alegre – “¡Cristo resucitó, alegrémonos!” – encontramos una diferencia radical. Porque aquí todo es pintado, todo es adornado, todo habla. En cuanto en Florencia es el tal estilo sobrio.

Las cúpulas y esas especies de minaretes tienen el burbujear de ciertas formas de belleza como lo tienen ciertos movimientos del mar.





Mirando el tejado uno casi se olvida del cuerpo del edificio. Tenemos la impresión de que el resto de la construcción existe como una bandeja para cargar bien alto el juego musical de esas cúpulas. Podemos imaginar un movimiento musical *crescendo* en que las notas se van sucediendo alegremente unas a las otras; así tenemos la impresión de que esos minaretes y esas cúpulas están alegremente esperando el momento en que se les corte la base para poder subir al cielo. Una ansiedad de lo maravilloso, una ansiedad jubilosa, alegre, apenas contenida por una cuerda que una mano caritativa va a cortar.

Eso se encuentra, por ejemplo, en muchos monumentos de la Iglesia Ortodoxa que son de la arquitectura griega. Padua recibe la influencia, a través de Venecia, muy helenizante, por las razones geográficas que ya expliqué.

También la Iglesia de Basilio, si no me engaño, en la Plaza Roja, tie-

Guillermo Asurmendi



ne aquella serie de torres, de torreones, aquello que sube, un juego de esa naturaleza. En el castillo francés de Chambord no encontramos cúpulas así, mas un juego de techos, de chimeneas, que también aprovechan este principio de corrección rumbo al cielo. Es como uno de los modos de belleza del mar y eso me alegra.

Atmósfera sobrenatural y preciosa reliquia de San Antonio

En el cuerpo material de la iglesia – antes que nada – está el Santísimo Sacramento, las reliquias, las imágenes especialmente bendecidas que datan de varias épocas de la historia de la Iglesia Católica, desde más o menos el tiempo de San Antonio hasta nuestros días. Varias épocas fueron haciendo sus pinturas, acrecentando sus imágenes; aquello podría parecer un poco un compendio de la historia de la piedad católica, cada vez menos intensa a medida que nos aproximamos de los grandes dramas, de los grandes cataclismos y de los grandes va-

cíos de hoy en día. Están también los fieles que reciben gracias y las dejan transpirar de algún modo en su manera de ser, en el modo de andar y de rezar, etc. Estos factores concurren en una iglesia como esta de Padua, con una especial intensidad para dar una única impresión de gracia y de piedad verdadera, de la presencia de la Iglesia.

El ambiente después de una ceremonia dejaba un no sé que de sobrenatural fluctuando por la iglesia, que tornaba este período de la vida de la Iglesia, al menos para mí, particularmente delicioso. Y fue lo que yo capté en la Basílica de San Antonio. Y eso, naturalmente, me encantó. Yo salía con el alma llena. Hablando sobre eso, aún mi alma se llena. Son las cosas de que yo gusto más de que cualquier otra cosa en la vida, porque ellas son el ante-gozo del cielo.

Ahora, ¿por qué está allí la reliquia de la lengua de San Antonio?

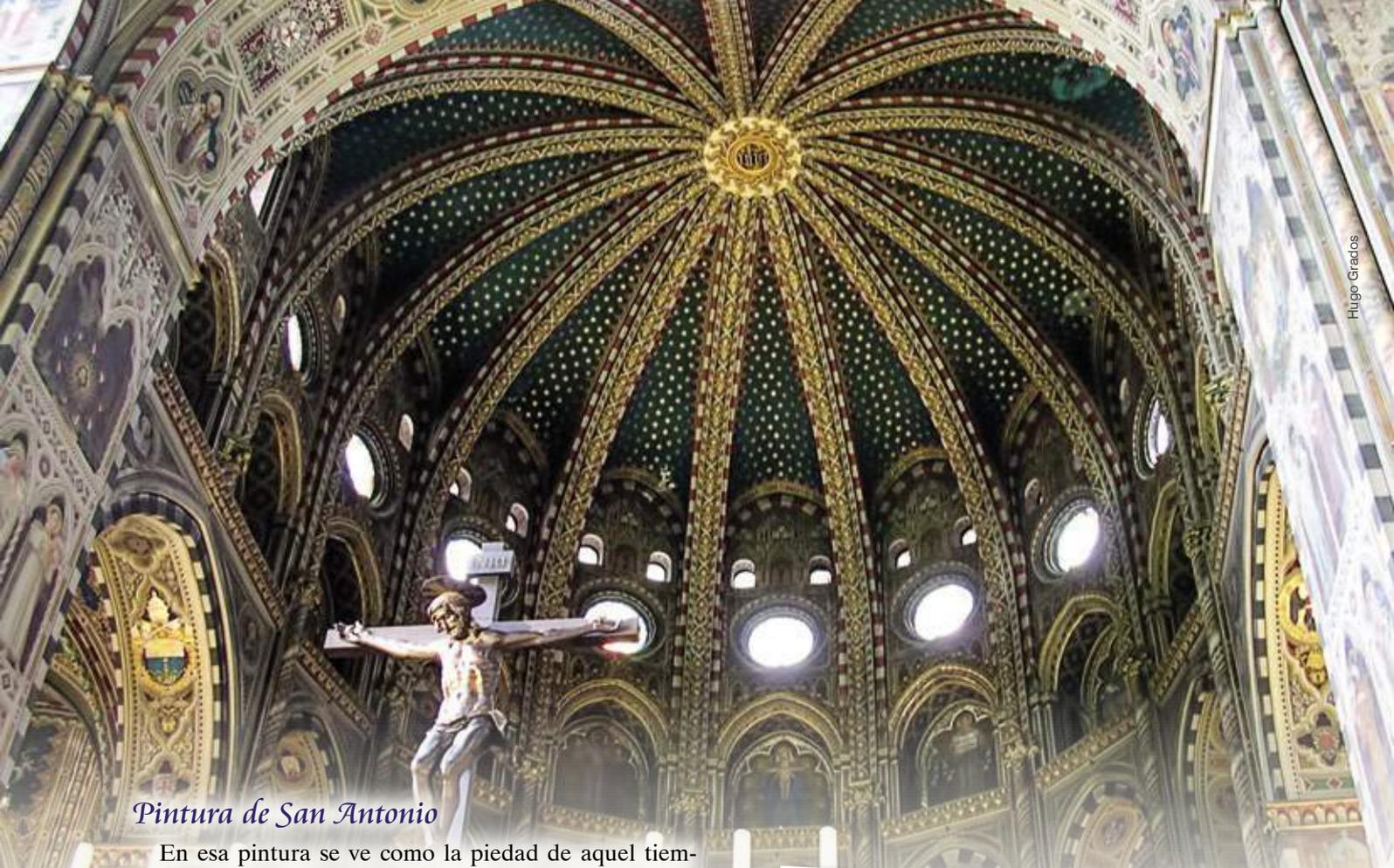
Porque él era “martillo” era por causa de la lengua. El era un gran orador sacro y fulminaba a los herejes de su tiempo, y él los rechazó magníficamente. Entonces una vez muerto, los amigos de la verdadera Fe, quisieron glorificar esta lengua que tanto habló a favor de la gloria de Dios. La cortaron y allí está.

Hugo Gradós



Hugo Gradós





Hugo Grados

Pintura de San Antonio

En esa pintura se ve como la piedad de aquel tiempo imaginaba al San Antonio de la hagiografía, de la historia santa. Se nota una placidez extrema resultante del rostro, pero también de una cosa que es muy expresiva: la posición de los hombros como modo de indicar el estado de espíritu de la persona.

El es franciscano. La capa del hábito forma varios pliegues, muy ordenados, casi diría olas en un suave avanzar o, que expresan que ese hombre nunca hizo un movimiento exagerado, excesivo, en que el hábito se coloca fuera de lugar. El orden del hábito es una especie de sismógrafo del orden de la mente.

El rostro casi imberbe, con una boca pequeña. La nariz adunca muy bonita, que tiene cualquier cosa del pico de un ave de rapiña. En el arco de las cejas, una delicadeza, una precisión y una fuerza que sobre todo la mirada expresa. Es una mirada, bajo cierto punto de vista, glacial. No deja trasparecer emoción alguna. Lo que aparece es el análisis – ese tipo de análisis que sólo los pacíficos hacen. En esa mirada se ve toda la precisión de quién ya pasó por todos los desencantos; ya vio todo como es, conoce el pecado original y sus efectos, satanás con sus pompas y sus obras. Todo está analizado, catalogado, él tiene un discernimiento extraordinario.

La punta de los labios es fina y muy ordenada. El tiene la respuesta que hace de él un martillo que está preparando su golpe. Hay una pureza, una castidad y una serenidad extraordinarias. ❖

(Extraído de conferencias de 23 y 25/11/1988)



Guillermo Azurmendi

Nuestra Señora de la
Esperanza. Catedral
del Lima, Perú

Consuelo de los afligidos

Consolar no es apenas secar el llanto de quien llora. Es mucho más que eso: es dar fuerza, ánimo, decisión. El hombre afligido con facilidad se deprime exageradamente, pierde el coraje y desanima.

Cuando Nuestra Señora consuela dice a la persona afligida: “¡Ánimo, hijo mío! Con la gracia, yo te doy la capacidad de luchar. Enfrenta al adversario. Todo tiene solución; en el Cielo serán pagados tus sufrimientos, y serás recompensado por todo lo que ahora tienes que cargar sobre tus hombros, ten coraje y ¡adelante!”.

Es este propiamente el consuelo que Nuestra Señora da a los afligidos, que son aquellos que están necesitando fuerzas para la lucha.

Aquí está el pedido que debemos hacer a Nuestra Señora como siendo nuestra consoladora: que Ella nos dé fuerza, firmeza, ánimo y coraje.

(Extraído de conferencia de 5/9/1970)